



# Mar de recuerdos

Luces del ayer

C O L E C C I Ó N  
MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL  
*Narrativa y Estudios Literarios*

**Guillermo Narváez Osorio**  
*Rector*

# Mar de recuerdos

## Luces del ayer

Alfredo Romero Gómez



**UNIVERSIDAD JUÁREZ  
AUTÓNOMA DE TABASCO**

Primera edición, 2021.

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco  
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura  
Colonia Magisterial, C.P. 86040  
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Diseño de portada: Fernando Ramos Bedoy  
Fotografía de portada: Alfredo Romero  
Gómez

ISBN: 978-607-606-581-5

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

# Índice

<b>Introducción</b> .....	9
Capítulo 1 .....	15
Capítulo 2 .....	21
Capítulo 3 .....	25
Capítulo 4 .....	33
Capítulo 5 .....	37
Capítulo 6 .....	41
Capítulo 7 .....	53
Capítulo 8 .....	57
Capítulo 9 .....	59
Capítulo 10 .....	65
Capítulo 11 .....	79
Capítulo 12 .....	89



Para:  
Alfredo, Jatziri y Néstor.





## Introducción

“Barra de Santa Ana” o simplemente “Santana,” así se le conocía a esta Villa y Puerto y muchos aún recordamos con tristeza sus playas, sus palmeras, su inmenso mar de quimeras intangibles, que por las tardes acoge al sol entre su cama suave de agua.

Ese mar que inspira a propios y extraños, poetas y enamorados, hoy poco a poco está tomando las playas por asalto, y no pretende devolverlas a ningún precio.

El pueblo ha cambiado su nombre, por el de un eximio tabasqueño: Coronel Andrés Sánchez Magallanes, nacido el 30 de octubre de 1810 en Villa de los Naranjos de San Antonio de Cárdenas, hoy H. Cárdenas, donde fue peón de campo en los terrenos madereros que constituían la principal fuente de ingreso del municipio. Durante la Intervención Francesa a Tabasco en el siglo XIX, el Coronel Andrés Sánchez Magallanes fue el primero en rebelarse, el 6 de octubre de 1863, contra el invasor Eduardo González Arévalo; dos días más tarde, lo haría Gregorio Méndez Magaña en Comalcalco, aunque éste sería derrotado en esa batalla inicial por Arévalo. La historia señala que Méndez se dirigió al municipio de Cárdenas y se unió a Sánchez Magallanes en el puente conocido como “La pelona”.

De esta manera ambos caudillos, junto a otros destacados liberales tabasqueños, liderarían la defensa contra los invasores. Particularmente Sánchez Magallanes destacaría en la Batalla del Jahuactal, acahecida el 1 de noviembre de 1863, en la comunidad del mismo nombre en el municipio de Cunduacán, y en la Batalla del 27 de Febrero de 1864, conocida como la Toma de San Juan Bautista. Estos heroicos tabasqueños expulsaron a los invasores franceses del estado, y más tarde, con el fusilamiento del Archiduque Maximiliano de Habsburgo, el 19 de junio de 1867, se concluía la segunda intervención francesa en México.

Durante la revolución la barra de Santana (hoy Villa y Puerto Andrés Sánchez Magallanes) albergó también los poderes del Estado en la persona del General Carlos Green, del Partido Rojo, el cual en 1919 le gana la gubernatura al General Luis Felipe Domínguez del Partido Azul, quien lo desconoce e inicia una revuelta. Green entonces se traslada al citado lugar hasta su nombramiento oficial.

La Villa de Sánchez Magallanes también cambió su entorno, su gente, el comercio y su aparente modernidad que a la postre cobraría la factura.

Este hermoso pueblo es tan antiguo como el mismo mar, es una grande y fértil franja de tierra que penetra entre el mar y la Laguna del Carmen. Sus costas también fueron mudos testigos de antiguos asentamientos humanos, como la cultura Olmeca, del preclásico mesoamericano (1500 a. de C.) que tuvo sus principales raíces en La Venta. Vestigios de dicha cultura se han encontrado en el cementerio del lugar y donde fue construida la Escuela Técnica Pesquera.

Sánchez Magallanes fue también vía de tránsito para Hernán Cortés en su ruta a las Hibueras, pues pasó por Tonalá a Cuauhtemotzin, hasta llegar al pueblo llamado Ayahualulco o Ahualulco. Bernal Díaz del Castillo menciona en sus crónicas que allí tuvieron que hacer un puente para cruzar y llegar a Cupilco.

La Villa cuenta además con un puerto de abrigo natural, que fue aprovechado en su momento para el trasiego de maderas como cedro, caoba, macuilí y mangle, que eran utilizados para la construcción de casas.

Al final del pueblo, la laguna se une al mar formando una bocana como buscando aparearse para llenar sus aguas de peces y camarón mediante un intercambio de fluidos, en donde por doce horas, el mar le suministra agua a la laguna; sin embargo, llega un momento en que el flujo se detiene y así permanece por corto tiempo, después ocurre el cambio y la laguna y los ríos que en ella desembocan expulsan sus aguas durante otras doce horas para completar un ciclo vital necesario para la supervivencia de estos esteros y la variedad de vida que en ellos habitan.

Tenemos también el complejo lagunar Del Carmen, Pajonal Machona, ricos en ostión, trucha, robalo y liza; la hueva de esta última seca –salada, y luego frita, es una delicia al paladar. Su singular sabor rebasa en mucho a un “caviar beluga.”

Otro lugar digno de mención es El Pajal, una pequeña isla de mangle colorado y blanco localizada en la Laguna Machona, a poco más de media hora del puerto.

Su nombre lo adopta por la gran variedad de aves palmípedas y zancudas de vistosos colores que lo habitan, santuario natural de las mismas. En épocas de migración se podía ver aves de otras latitudes y gran tamaño como el jabirú o cigüeña gigante.

Había también garzas pico de espátula, blancas, grises, fragatas o rabihorcados, y lo que más abundaba y que solo queda el día de hoy es el pelícano blanco y pocas zancudas, lo demás solo es recuerdo.

Este hábitat natural ha sido devastado poco a poco en todas sus formas, las aves entonces tuvieron que emigrar buscando otras latitudes, perdiéndose por mucho el encanto y la belleza natural de este lugar.

Por los años cuarenta, el camarón de estero o de laguna como se le conoce, era tan barato que se podía adquirir a la puerta de la casa un plato rebosado de camarón fresco con más de un kilo, por tan solo un peso con cincuenta centavos. Este crustáceo se comercializaba seco-salado en costales de yute con destino a las Choapas, Agua Dulce, Minatitlán y Coatzacoalcos. En esa época no existían carreteras para llegar a estos lugares, por lo que quien quisiera viajar, debía trasladarse por un maltrecho camino hasta el poblado de Cuauhtemotzin, ahí abordar una panga y cruzar a Tonalá donde tomaba otro camión a su destino. Era la única salida, incluso para llegar a San Juan Bautista, hoy Villahermosa, y otros lugares.

Sin embargo, para casos extremos, como eran enfermos de gravedad, partos difíciles y demás, había una avioneta de seis plazas que hacía los traslados. El pueblo contaba con una pista de aterrizaje a un lado del campo de béisbol; los enfermos para llegar a la nave eran trasladados en una hamaca, la cual se amarraba a una pértiga de madera grande y gruesa para ser cargada por dos personas, y llevarlas al avión.

Hasta finales de los sesenta el pueblo no tuvo algún avance significativo, las casas se alumbraban con quinqués y candiles de petróleo, y al pueblo y sus calles lo abastecían de luz una máquina también a base del mismo combustible.

Adaptada con un gran generador de energía, sus focos de cien watts apenas superaban la luz de los cocuyos, las luces encendían a las siete de la noche y se apagaban a las diez, podías dormir con las puertas de tu hogar abiertas, nadie te hacía ni te robaba nada, las casas eran de yagua y los techos de lámina de cartón o palma; su calle principal conoció el asfalto hasta 1962 en que el gobernador Carlos A. Madrazo inauguró la carretera, comunicando a esta Villa con el resto del país.

Al llegar la CFE se hizo la luz. La máquina de petróleo fue sustituida por postes de concreto, cables y modernas lámparas. Los quinqués y candiles fueron arrumbados en un rincón, los hogares se iluminaron, apareció el televisor, los refrigeradores y las grandes radio consolas; la tranquilidad se perdió entonces para nunca más volver.

Pemex apareció entonces en el panorama de aquel hermoso pueblo, con sus camionetas circulando por las calles a gran velocidad amenazando la vida de quien las cruzara sin fijarse. Yacimientos de petróleo en alta mar atrajeron compañías como la CIMA, encargada de la perforación de los pozos. Nuevos rostros. Ingenieros, médicos y obreros que la compañía llevó para el trabajo que requería mano de obra calificada.

Sucumbió también el espacio de los niños que tomábamos algunas calles para jugar canicas, trompo, al avión o al encantado por las tardes. El cine la discoteca y las mueblerías formaron parte del progreso; gente llegada de otros estados buscando oportunidades de trabajo, provocaron un crecimiento demográfico inmoderado, ocupando espacios que no debieron ser invadidos; la cordillera de cerros y vegetación que servía de protección fueron devastados con la venia de autoridades sin escrúpulos, estos espacios se llenaron de casas de concreto de todo tipo, el mar se encargaría de cobrarles la invasión de forma por demás cruel.

La educación jugó el papel más importante como es común en todos los pueblos, a la escuela primaria que existía con grandes e inmejorables maestros, se sumó una Secundaria Técnica pesquera, que además contaba con internado; la primera en su tipo de todo el estado.

Las décadas de los setenta y ochenta fueron de mucho auge para Sánchez Magallanes y el balneario, que al principio solo servía para esparcimiento de las familias del lugar, creció para dar paso al turismo de otros lugares. En épocas como Semana Mayor, el lugar recibía a las mejores

orquestas del momento, entre ellas, por supuesto, la Sonora Santanera, pues su fundador y director era originario del Ejido Sinaloa, poblado aledaño al puerto de Sánchez Magallanes. Entre los conjuntos musicales destacaron Los Joao, Los Babys, El órgano melódico de Juan Torres, Los Terrícolas, Chico-ché y su Crisis; en realidad fueron tantos que tal vez olvido a algunos. Pero lo que no se olvida son esos momentos cuando se bailaba al compás de la música de Juan Torres, te arrimabas tanto a la dama que tenías en tus brazos que podías sentir su respiración en tu oreja. Eran momentos increíbles como también es increíble que hoy, todo esto solo sean hermosas memorias. Sin embargo, los bellos recuerdos se quedan grabados para siempre, y qué mejor forma de evocarlos que a través de unas cuantas líneas, y recordar de nuevo algo de aquel singular “Pueblo, Villa y Puerto”, nostalgia pura de un pasado que jamás volverá y un presente incierto que lo consume lenta e irremediablemente.



## Capítulo 1

A escasos diez minutos de mi destino el paisaje se empieza a tornar diferente, atrás van quedando los humedales de tulares y helechos silvestres, para dar paso a los plantíos de cocoteros, un aire suave acaricia las palmeras que parecen danzar en lo alto, los racimos de coco ya no están colmados como antaño pero aún tienen frutos.

De mi lado mientras manejo, diviso un gran letrero en el techo de un corral que reza Rancho Grande, es el distintivo de ya estoy cerca; avanzo un poco más y bajo los cristales del carro, un aire fresco con aroma de mar penetra por la ventanilla.

Mi esposa a mi lado me mira y sonrío –ya llegamos– le digo. Una camioneta pick-up me rebasa y el conductor hace sonar su claxon, es un amigo, pienso –debe de venir de vender pescado, debió haber salido muy temprano para regresar a esta hora–.

Mi mente se llena de recuerdos, una extraña sensación placentera invade mi pecho, solo visitamos el pueblo dos días, lo hacemos esporádicamente salvo en Semana Santa que pernoctamos los siete días, mi estancia es corta pero la disfruto al máximo con mi familia y mis amigos, no puedo librarme del subyugante embrujo de mi pueblo y sus playas; aunque ya no son tan extensas como lo fueron antes, que después de pasada la temporada de lluvias, se formaban enormes caletas que parecían albercas de grandes dimensiones, pero aun así; aún conservan sus encantos.

Tampoco puedo olvidar esa hermosa y verde vegetación con elevaciones de arena, que alcanzaban los ocho y diez metros de altura de forma piramidal, que la naturaleza a capricho había formado a través de los años, como una protección a manera de muralla, que resguardaba aquel pueblo de pescadores de la furia del mar y de algún posible huracán. Desde lo alto de cualquiera de estos cerrones, como les llamábamos, se



apreciaban muy bien algunas partes del pueblo y sus calles que aún no conocían el asfalto; algunas esquinas eran los lugares idóneos para jugar canicas, al trompo o al avión; éste se jugaba con una corcholata, sostenida encima del dedo índice y medio, se saltaba con ella sin dejarla caer.



Cerros en Arjona, iguales a los que protegían la barra

Los cuadros marcados en la tierra que semejaban la figura de un avión, aunque simplemente era una gran cruz con un círculo en la parte superior; los juegos se practicaban de acuerdo con la temporada y acorde a los meses del año.

Desde los cerros también se apreciaba con mucho respeto la belleza y majestuosidad del mar, para llegar a él, había que subir los cerrones por sus partes más bajas y cruzar la vegetación de uva silvestre y uvero de playa, que en agosto, septiembre y octubre se cargaban de frutos propios de la región muy apreciados por los lugareños por su sabor no muy dulce, pero exquisito y agradable, al igual que el hicaco cuya planta proporciona unos frutos ovoides del tamaño y forma de una nuez y crece igual en las costas marinas.

No menos hermosa pero más tranquila está la Laguna del Carmen, que se une al mar formando una bocana donde termina el pueblo. Este cuerpo de agua al igual que La Machona y El Pajonal, son los más grandes en el estado y conocidos como esteros pues sus aguas son salobres, siendo alguna vez ricos en camarón y peces de alto valor comercial, como el robalo y el ostión, siendo este la principal actividad económica del lugar en la actualidad.

Desde antes del amanecer, gran cantidad de cayucos abandonan el pueblo en número de dos y tres tripulantes por embarcación, son los turneros del ostión, porque solo extraen el molusco tres o cuatro veces por semana, o sea, se van turnando por cada socio de las cooperativas que existen en el lugar. Los turneros extraen el ostión en la actualidad con unas tijeras de madera de dos metros de largo en forma de rastrillo, que en sus extremos tiene clavos que a su vez forman una especie de peines llamadas también rasquetas. Para la extracción del molusco, los turneros navegan hasta localizar el banco de ostión, una vez en el lugar tiran una pequeña ancla; uno de estos de más abundancia se le conoce como el caballito; una persona parada en la paneta o proa de la embarcación, mete las rasquetas al agua y saca el ostión, que sale de la laguna en forma de ramilletes, estos se lavan al mismo tiempo y se depositan en el cayuco donde se despica uno a uno hasta completar la tarifa que tiene derecho a sacar, completada esta, regresan al pueblo donde otras personas se encargan de desconcharlos y procesarlos para su comercialización, dándole así

un valor agregado y poder transportarlo en mayores cantidades. Ya que al principio solo se vendía en concha y se transportaba en arpillas para su venta, sin embargo, al desconcharlo se logra el empleo de más personas.



Ostiones en ramillete como se extraen de la laguna

Para el desconche se utiliza un cuchillo en forma de daga con doble filo hechos ex profeso, se toma el ostión con la mano izquierda protegida con un guante, se abre a la ostra por la parte más gruesa, haciendo palanca de arriba hacia abajo, se despegan de la concha, y se van depositando en un recipiente con agua para ser lavados y luego contados y embolsados, en medidas que van de doscientos a mil para su comercialización; este proceso implica tiempo y muchas veces cortadas en las manos, cuando se está empezando en el oficio del desconche de ostión.

De los años 50 a los 70 se extraía de forma directa, con las manos y el agua a la cintura, pues había en abundancia, pero también existía el peligro latente de ser picado por una levisa, familia de las mantarrayas solo que más pequeña; su hábitat natural es el fango lagunar y la larva del ostión constituye su plato favorito. La utilización de los implementos antes descritos se ha hecho necesaria debido a la extracción inmoderada y sin control, que incluso ha provocado que desde hace algunos años se hayan implantado vedas de hasta dos meses para protección y conservación de la especie. La gran mayoría de los turneros salían a la pesca antes que el astro rey asomara en el horizonte, por no contar con un motor fuera de borda, pero los que salían al alba, se les podía ver como un bello paisaje digno de una acuarela del Dr. Atl; a lo lejos se iban perdiendo entre el cielo y la laguna teniendo como marco los manglares y el amanecer.



## Capítulo 2

El graznido de los zanates y el canto de los cenizontles revivían el espíritu de aquel pintoresco pueblo. En casa, mis hermanos y yo nos preparábamos para asistir a la escuela como todos los días cuando el exquisito aroma de unos frijoles refritos inundaba la casa; nunca faltaban los huevos en varias formas o los plátanos fritos, eran el pan nuestro de cada día; apenas terminábamos el desayuno, cuando el abuelo cruzaba la puerta trasera de la cocina y llegaba enojado al comedor, regañándonos y apurándonos para que nos fuéramos a clases, y entonces tomábamos nuestras cosas, apenas nos daba tiempo de lavarnos las manos y los dientes, porque aquel viejecito esperaba impaciente que saliéramos rumbo a la escuela, todavía al salir nos decía: –¡apúrense cabrones! les van a cerrar el portón ¡hijos de la chingada!–

Pero en realidad, el colegio estaba a escasos cien metros de la casa, y llegar solo nos tomaba cinco o seis minutos; era la única primaria del pueblo, se construyó de yagua de palma y techo de lámina de cartón, teniendo inicialmente dos salones; con los años se fue agrandando conforme a las necesidades de la población.

Dicha escuela fue construida por iniciativa de los habitantes; algunos maestros fueron pioneros de la educación como el profesor Leodegario Ricárdez y la señora Delia Hernández de Ricárdez, esposa de este. Otros tenían apenas la educación primaria, que equivalía casi a la secundaria pero apoyados en ellos, esos conocimientos fueron transmitidos a los niños y jóvenes incluso, ya que asistían a los mismos salones. Después de unos años, el gobierno tomó cartas en el asunto y mandó maestros para reforzar a los ya existentes, quienes empezaron a tomar cursos en temporada de vacaciones para ampliar sus conocimientos.

Por los años 70 inicio sus actividades la primera Secundaria Técnica Pesquera del estado, relacionada además con la actividad preponderante

del pueblo. La primaria sin duda fue el botafuego de los niños y jóvenes, futuros profesionistas de este maravilloso pueblo y esto es real, ya que los maestros que impartían clases poseían un gran espíritu de superación que infundían a aquellos pequeñines. Uno de estos maestros a quien agradezco fue la maestra Guadalupe Sansores Reyes, una gran mujer poseedora de enorme calidad humana y apreciable inteligencia. Fue de esos maestros enamorados de su trabajo, con un deseo infinito de hacer de los niños personas de bien. Enseñaba con firmeza pero con mucho cariño, no tengo las palabras adecuadas para describir sus grandes cualidades y sentido común, Lupita como de cariño la conocía todo el pueblo, los niños añoraban que les diera clases; no había otra como ella, era única, aunque los demás maestros tenían lo propio.

Durante el recreo, que consistía y consiste aún en media hora de receso, los niños salíamos a jugar al patio de la escuela. Entre jugar, correr o platicar pasaba la media hora. También era el momento que algunas mamás aprovechaban para llevar a sus hijos alguno que otro antojito; yo prefería las empanadas de don Chavo, hechas de camarón seco, eran exquisitas; nunca he probado otras igual, con un peso te comías cinco y quedabas como pelón de hospicio. El patio al frente tenía un gran escenario de cinco por diez metros, por ochenta centímetros de altura, al fondo una pared de unos cuatro metros, en este espacio se llevaban a cabo las ceremonias de fin de año, todo un acontecimiento por cierto.

Un hecho inolvidable sucedía cada fecha marcada en el calendario escolar como conmemorativa, por ejemplo: el Día de la Bandera, el 24 de febrero. Horas antes, todos nos poníamos de acuerdo para asistir, obligatoriamente al homenaje que se realizaba en la escuela a las seis de la mañana, por lo que había que levantarse a las cinco cuando el pueblo aún estaba a oscuras, pues las luces se encendían a las siete de la noche y se apagaban a las doce. Era curioso ver cómo el grupo de niños iba creciendo, salíamos al paso de los demás que venían de más lejos, formábamos una buena tropa, íbamos cantando y haciendo relajo por todo el trayecto que nos conducía a la escuela, donde algunas veces ya esperaban maestros y niños de otra parte del pueblo, aunque siempre procurábamos llegar temprano. El homenaje empezaba con puntualidad inglesa;

a las seis en punto de la mañana se izaba el lábaro patrio acompañado con el himno nacional, con gran solemnidad y respeto con la mano en el pecho se cantaba hasta la última estrofa.

Con la intervención de algunos alumnos en el evento, este se prolongaba más de media hora. El director, maestro también de ceremonias, felicitaba al alumnado y decía algunas palabras relativas al día en cuestión, en las que exaltaba el amor a la patria, el civismo y el respeto a los demás, sí como recomendaciones de aliento para todos los presentes, acto seguido daba por terminado el evento, había que regresar a casa a bañarse, desayunar algo y regresar a clases.

El director de la escuela era un individuo recto, de carácter fuerte, un gran hombre, todo un personaje, tendría 60 años, su nombre: José Dolores Velázquez; un problema en la columna lo hacía ver encorvado y los años se reflejaban en su rostro, con el ceño fruncido bajo los lentes, siempre estaba pendiente a cualquier hora, regañaba a todo aquel que hiciera algo que le parecía mal, sabía aconsejarnos muy bien. Los dedos de sus manos los tenía como garras, ocasionado por un padecimiento de artritis; todo esto le hacía ver como alguien que estaba en contra del mundo, pues incluso reía muy poco, pero en realidad quienes le conocieron o les dio clases, reconocen en él al hombre comprometido con la educación, dispuesto a enseñar todo cuanto sabía a sus alumnos, uno de esos maestros que acuñaron aquella frase, “la letra con sangre entra” y realmente lo llevaba a la práctica, porque tan solo una distracción en su clase era motivo para ganarse un coscorrón, o un reglazo en la cabeza, pero toda aquella disciplina, rigurosa y obligada, dio frutos a futuro, personas de bien, profesionistas algunos, pocas familias tenían conocidos fuera y mandaban a sus hijos con ellos para poder seguir los estudios de secundaria, ya que no había más que una primaria en el pueblo. El nivel secundaria inició en 1974, pero la prepa y el profesional solo en la cabecera municipal y la capital del estado.

La preparación primaria que se impartía en aquel tiempo era excelente, pues la cultura, el civismo y la moral eran primordiales, ya que te enseñaban el respeto a los adultos, a tus padres, a los ancianos, a los símbolos patrios, y qué decir del respeto a las damas. Realmente se enseñaban valores, pilares en la educación de una buena persona, y a estos



maestros que en esas escuelas de pueblo daban clases, mucha gente hoy en día agradecen por ellos y por sus hijos el haber recibido la primera enseñanza.

Nunca olvido el día de la muerte del profesor Velázquez como le llamábamos, fue un 31 de diciembre y yo estaba de visita en el pueblo, pues mis padres aún vivían allá; mi hermano mayor y yo estuvimos un rato en el balneario en el baile de fin de año, pero nos retiramos para ir al velorio. La calle donde vivía fue cerrada para tan lamentable evento, había una gran cantidad de personas que lo acompañamos toda la noche; al filo de las siete de la mañana se empezaron a preparar para sacar el féretro, los cuatro cirios con sus flamas encendidas lo vieron partir, quedando como mudos testigos en la sala donde el cuerpo fue velado, acompañados por una cruz de flores. Sacaron el ataúd para depositarlo en la carroza, y al empezar a hacerlo uno de los presentes dijo, alzando la voz: –¡un momento!... ¿Qué?... ¿no hay hombros para cargar a este hombre, a este gran maestro y amigo que tanto hizo por nosotros y nuestros hijos?– todos nos quedamos perplejos, impávidos, hubo un gran silencio, un nudo en la garganta no me permitió articular palabra alguna, miré a mi hermano que estaba igual, entonces sobraron brazos para cargar sus restos hasta su última morada; nosotros lo hicimos también.



## Capítulo 3

Más de la mitad del pueblo acompañó al profesor Velázquez hasta el final en ese terruño hermoso en el que pasé mi maravillosa infancia. Para mí y para todo niño era todo un espacio de esparcimiento lleno de aventuras y peligros. En el muelle, por ejemplo, era clásico ver a niños por las tardes entre edades de ocho a trece años llegar a tirarse clavados o a nadar, ahí en ese lugar donde se juntan el mar con la laguna, es incluso la parte más profunda donde el agua cristalina se torna azul. Ahí los más pequeños aprendían a nadar, pues eran los futuros pescadores o buzos.

Por otra parte la parroquia del pueblo y su torre en obra negra, representaba un reto para los niños que salíamos de la escuela y queríamos subirla hasta donde terminaba su cúspide con una cruz. Por la parte exterior se le construyeron escaleras rústicas para poder subir y bajar la mezcla o ladrillos para su construcción, la torre alcanzaba poco menos de veinte metros de altura; después de salir de la escuela nos subíamos a ella para ver de arriba todo el pueblo, era la única edificación más alta, se podía observar la Laguna del Carmen en todo su esplendor. Se alcanzaba a ver la entrada del pueblo donde empieza y donde termina, era como un gran mirador, pero con muchos riesgos para subir, sin embargo casi todos los días lo escalábamos solo por el gusto de hacerlo.

Los uverales ofrecían también sus encantos, plagados deavecillas, canarios, gorriones, cenizos y zanates (que era lo que más abundaba), lagartijas e iguanas, solo se necesitaba una buena resortera y una bolsa llena de piedras pequeñas y nos convertíamos en un verdadero peligro para estos infelices animalitos. Era realmente una cruel diversión, debajo de los uverales el sol apenas penetraba, el suelo lleno de hojas y ramas secas, albergaba todo tipo de insectos, alimento a la vez de lagartijas, toloques y pajaritos, cangrejos pequeños de color rojizo que formaban colonias completas que al pasar alguna persona, se perdían en sus huecos

hechos bajo la hojarasca, algunos niños gustaban de atrapar estos crustáceos para comerlos unas veces por necesidad, otras por diversión atrapándolos para jugar con ellos.

Recuerdo a dos amigos que sobresalían de los demás por su destreza en capturar y matar todo tipo de animalitos silvestres con las resorteras, algunos los consumían, como eran iguanas, palomas y zanates, otros los atrapaban vivos para tenerlos en jaulas como era el caso de los ceniztles o canarios, utilizando trampas que ellos mismos construían, así también las iguanas que trepaban a las matas de coco que alcanzaban los quince metros de altura.

Uno de ellos subía a la palmera, valiéndose solo de sus manos y un mecate que se amarraba a cada pie, permitiendo con esto sujetarse al tronco del cocotero y así poder trepar; una vez arriba se sentaba en el cogollo, y entre sus pencas buscaba a la iguana que generalmente trataba de escapar de su captor, el niño de abajo hacia su trabajo, indicándole al de arriba en donde estaba escondido el reptil, una vez descubierto, el de arriba comenzaba a zamarrear la penca, provocando al animal para que se tirase al vacío, al hacerlo era cachado por el niño que estaba en tierra, quien la esperaba y sabía hacia donde iba a saltar. Con la iguana en las manos la tomaba fuerte por la cabeza y la cola, gritaba entonces al de arriba; –¡eh! baja, ya la tengo, vámonos–, el niño se deslizaba rápido hasta quedar en tierra, juntos salían corriendo muy contentos con el animal en las manos, subían el cerro entre las palmeras donde vivía una señora que se las guisaba; doña Chepa, quien tenía cuatro hijos, un solo varón; vivían en una casita hecha de pencas secas de coco, el piso era de tierra, afuera de la casa había un fogón, la casa de escasos seis metros de frente por seis de largo, solo tenía una división, todos dormían en un solo cuarto, algo normal porque la gran mayoría de las casas del pueblo eran así; doña Chepa después de hacer el trabajo de su casa, salía a otras a trabajar de lo que la ocuparán; siempre compartían con la mujer lo que cazaban, la señora muy a gusto no ponía ninguna objeción en guisarles, pues de eso ella también comía. Toño y Chencho eran inseparables a pesar de ser de diferentes familias.

Toño era el mayor de cinco hermanos, y Chencho el cuarto de seis en su familia, fueron muy buenos amigos, hijos de pescadores, ellos

también pescaban muy seguido; después de la escuela y habiendo hecho la tarea y la faena de su casa que le encomendaban.

Se juntaban por la tarde con otros niños para jugar canicas, trompo, yoyo, según fuera la temporada del juego; Toño era moreno de ojos negros de escasos 11 años, siempre andaba sin zapatos tan solo con unas chancas pie de gallo de hule, un short era su único vestido. Cuando había terminado su tarea y pedía permiso para salir a jugar, la madre le encomendaba una difícil tarea: cuidar a su hermanita, de escasos nueve meses.

–Mamá–, decía. –¿Me dejas ir a jugar?–, la madre contestaba furiosa.

–¡no vas a ninguna parte!, a mí nadie me ayuda con los quehaceres de la casa, ni tus hermanos ni tú; si quieres jugar juega aquí y cuida a tu hermana, si no ve a jugar pero llévatela, ya le di leche, ¡tráela al rato a ver que les doy de comer!, tu papá no ha venido, a lo mejor ya se quedó bebiendo trago el desgraciado que es para lo único que sirve–

La señora echaba sapos y culebras, ya que tenía un léxico bastante florido, pero para esos momentos, Toño ya no la escuchaba, lleno de alegría, tomaba a la hermanita por los brazos, la levantaba sobre su cabeza, y se la ponía montada en el cuello, la niña como él, solo portaba una pequeña prenda de tela a manera de pantaloncito corto, una vez que la tenía en el cuello, la tomaba de una mano y bajaba el cerro corriendo con ella a cuestas; acostumbrado a hacerlo todos los días, llegaba cuando nosotros ya habíamos empezado a jugar, trazábamos un cuadro pequeño, y en cada vértice se ponía una canica, después del cuadro con canicas, trazábamos una raya a 2 metros y medio aproximadamente; esa era la línea donde se tiraba al cuadrado con canicas; definíamos quien empezaba el juego mediante una apuesta, que consistía en tirar la canica con la que jugaría hacia la raya el que caía más cerca de ella, empezaba el juego: entonces se armaba una rebatinga por ser el primero, se lanzaban las canicas a la raya y posteriormente medíamos las distancias, con la mano extendida y el extremo del pulgar y el meñique, o sea una cuarta, íbamos ubicando los lugares, de acuerdo a la cercanía con la raya.

Ese día éramos cinco: Julián, Chilo, Toño, Chencho y yo. Con la niña en el cuello, Toño empezaba a jugar con nosotros, los siete u ocho kilos de peso de la niña en sus hombros no los sentía para nada, con la mano izquierda le sostenía la manita del mismo lado a la niña cuando

era su turno, se agachaba y tiraba, se levantaba y peleaba de palabras con quien le quisiera hacer trampas, su puntería para pegarle a la canica de su adversario no era muy buena, por eso siempre estaba de mal humor y cuando esto pasaba, la hermana pagaba las consecuencias. –¡Tú tienes la culpa que esté perdiendo!– Le decía furioso, y arremetía con quien fuera. En esa ocasión en que estaba perdiendo todos sus cristales tomó a la niña con los dos brazos quitándosela del cuello y furioso le dijo depositándola en el suelo a un lado –¡espérame aquí, ahorita van a ver estos canijos!... les voy a ganar todas las canicas–. Acto seguido: ya sin el peso de la niña en los hombros, se estiró y se puso en cuclillas; –ahora me los gano– dijo, todos reímos de buena manera –¡ni así nos vas a poder ganar!–, dijo Julián y reiniciamos el juego, con la vista yo buscaba encontrar una botella cerca, pues ya las canicas no me cabían en las bolsas, Chencho se quedó sin una sola y dijo –ahorita vengo voy a mi casa por más, haya tengo una botella llena, ¡ahora me desquito!–, y salió corriendo rumbo a su hogar que estaba no muy lejos a escasos 50 metros de distancia.

–Apúrate para que me prestes– dijo Toño, –que ya casi no me quedan– reanudamos el juego por casi dos horas, hasta que solo Julián y yo nos quedamos con todas las canicas, después logré ganárselas a él, posteriormente me acompañaron a llevarlas a mi casa, en el camino me di cuenta que ya no había en ellos el mismo entusiasmo y estaban bastante tristes; pensaba guardarlas o tirarlas al pozo como acostumbrábamos, pero al llegar a la casa tome otra decisión:

–¿Saben qué?, ¿les gustaría que les devolviera sus canicas?– en sus caras se dibujó entonces una sonrisa plena y gritaron entusiasmados:

–¡Sí, sí! Claro que sí, repártelas, repártelas–

En la parte trasera de la casa vacié las cuatro botellas y las repartí a partes iguales, después cada uno tomó por su rumbo; –nos vemos– sale Raúl, –nos vemos mañana– dijeron todos.

Me quede platicando con Julián hasta entrada la tarde, él era y es mi mejor amigo esa noche me sentí satisfecho conmigo mismo, no por haber ganado sino por devolver lo ganado en buena lid, y porque sabía el esfuerzo que hacían algunos de mis amigos, para comprar sus juguetes, el sueño me venció quedándome dormido.

Al día siguiente cuando todos salíamos a la escuela, Toño y Chencho tenían que salir a pescar para ayudar con esto a la familia, un poderoso vínculo los unía; la enfermedad de Chencho quien sufría de ataques epilépticos. En una ocasión mientras jugábamos al trompo con él y otros niños, uno de ellos había depositado en un gran círculo donde se jugaba, seis monedas de veinte centavos. Se ponían semi enterradas en el centro del círculo, cada niño tenía que tratar de sacarla con su trompo con la mayor rapidez que pudiera, el castigo consistía en que el juguete que se quedara en el círculo, pertenecía al dueño de las monedas, todos entusiasmados tratábamos de sacarlas sabíamos que con ellas podíamos comprar paletas y dulces. Chencho, de repente levantó la vista al cielo como buscando algo y con el trompo en las manos, todos alcanzamos a ver en el momento que giraba sobre sus pies y caía de espaldas al suelo convulsionando, Toño corrió hacia él, los demás huyeron todos del lugar, Toño me gritó entonces pues me había quedado paralizado: –¡ayúdame a echármelo al hombro!– lo ayudé a como pude y con el amigo a cuestas corrió subiendo la colina donde vivía, antes de llegar ya iba gritándole a la mamá de este para que lo auxiliara, esta corrió a su encuentro y entre los dos lo pusieron en una cama para tratar de reanimarlo con alcohol, hasta hacerlo reaccionar. Toño siempre estaba al lado de Chencho cuando este sufría los ataques, iban y venían juntos, y así crecieron, el primero era más alto que su amigo, se querían como hermanos, de jóvenes también fueron inseparables hasta el fatal día en que a Chencho se le ocurrió salir a pescar solo. Muchos que lo vieron salir a la laguna pensaron que se había peleado con su amigo, pero no fue así, éste lamentaría siempre no haberlo acompañado.

El muchacho llegó al lugar donde pescaría y con su atarraya comenzó a lanzarla, con la mano izquierda tomaba el arte de pesca, con la derecha la abría y poniendo un tramo en sus dientes la separaba, después tomaba impulso de atrás hacia adelante, en este movimiento, la atarraya caía al agua abierta formando un círculo grande, donde los peces quedaban atrapados; pasó un par de horas así, otros pescadores que estaban a unos 200 metros de él se percataron de su presencia pero siguieron en lo suyo, había muy buena pesca. Chencho también estaba emocionado pues su atarraya siempre salía del agua con muchos peces, por eso se dieron

cuenta cuando el muchacho parado en la proa del cayuco empezó a temblar con la red en las manos, cayó al agua convulsionando, al verlo caer trataron de darle alcance con sus embarcaciones pero fue en vano, el muchacho se había ido al fondo ahogándose irremediamente; lo sacaron enredado en la atarraya, el cuerpo ya sin vida, fue puesto en el cayuco y llevado a su casa, al poco rato las campanas de la iglesia doblaron a muerto, dejando escuchar su tañer lúgubre y pausado en todo el pueblo, y una pregunta inquietante: ¿quién sería el muerto?

Ese tipo de acontecimientos calaba en el ánimo de los habitantes que sabían diferenciar el sonido para determinado caso, sonaban también a gloria para fiestas bodas y bautizos, o el toque de arrebato para prevenir a la población de algún acontecimiento inusual o de peligro que no admitía dudas; como el día en que ya entrada la tarde, y después de varios días de mal tiempo, la gente se empezó a alarmar, la lluvia intensa no amainaba, los radios permanecían encendidos día y noche, la entrada del huracán Inés era inminente, sus vientos alcanzaban más de ciento veinte kilómetros por hora, la gente iba y venía de un lado a otro alarmada, las campanas sonaron como nunca durante toda la tarde, nunca las habíamos oído sonar así, al menos en mi caso, el temor se hacía latente en muchos, se hablaba sobre olas gigantescas producidas por estas tormentas, y el desasosiego iba creciendo conforme transcurría el día. Entonces se avisó a la población de la posible evacuación del lugar, y no era para menos; los que subían a los cerros para ver el comportamiento del mar, regresaban asustados, mi padre igual subió la cuesta para tener también un panorama de aquello, detrás subí yo, la lluvia no cesaba, el aire en contra casi no me dejaba avanzar, pero cuando al fin lo logré y me vi parado en lo alto del cerro, la sangre se me heló en las venas, un escalofrió me invadió de pies a cabeza, al frente, mire algo que jamás he vuelto a ver, ni creo volver a verlo; el mar embravecido otrora apacible y aguas cristalinas, era el mismo Poseidón, de cuya boca brotaban olas fantasmagóricas, la espuma que de ellas salían llegaban a parar al pueblo, lo que causaba más temor en los pobladores, a mi lado mi padre y otras personas hacían comentarios a gritos, pues el ruido de las olas al reventar casi a nuestros pies era ensordecedor. Estas alcanzaban los ocho metros a la cresta y amenazaban unirse a la laguna y no dejar nada

a su paso; el viento huracanado ya había dejado sin techo algunas viviendas, sus moradores habían buscado refugio en la escuela apoyados por la autoridad del lugar. Al empezar a entrar la noche el espectáculo era dantesco, y el frío calaba los huesos, en casa mis padres decidieron salir, mi progenitor igual que mi abuelo que incluso decía que no iba a pasar nada, se quedaron, mi madre dos hermanos y yo al igual que un sinnúmero de personas de distintas edades, abandonamos el pueblo en camiones de pasajes que fueron dispuestos para ello, nos llevaron al pueblo más cercano, Villa Benito Juárez.

La escuela primaria del lugar fue nuestro refugio por casi dos días que duró la amenaza de Inés, ya que pasó de largo sin tocar tierra para nuestra fortuna, tampoco hubo desgracias que lamentar, solo algunos daños materiales y el recuerdo imborrable de su visita.





## Capítulo 4

Después de todo estábamos protegidos por esa barrera natural de vegetación, y cuando todo estuvo en calma, el pueblo volvió a su rutina como si nada hubiese pasado. Cuando empezaba la temporada de juego del papalote, los niños adolescentes y algunos adultos salíamos a las playas a elevar papagayos como también les decíamos, era una bonita tradición, y digo era porque desafortunadamente ya no se practica. Cada niño ayudado por el hermano o el padre incluso, fabricaban sus papalotes, el material: varitas de guano o de carrizo, papel de china de colores, algunos por la falta de dinero los hacían de papel estraza o periódico pegados con almidón. Mi padre conseguía varas secas de carrizo, las adelgazaba detalladamente hasta dejarlas completamente flexibles y poder doblarlas en forma de arco, primero formaba una especie de T y luego amarraba con hilo de cáñamo, cada uno de los dos extremos amarrándolos a un tercio de la vara principal, hasta formar las alas de lo que sería una paloma grande y colorida, en la parte baja amarraba otra vara. Sujetaba sus extremos con hilo y formaba un triángulo hacia arriba, amarrándolos debajo del amarre de las alas, esto sería la cola, procedía luego a forrar aquel esqueleto de papel de china de colores.

Posteriormente eran pegados con una goma de almidón (maicena y agua) el proceso llevaba de dos a tres horas; en las alas y el pico del papalote, amarraba unos hilos y los unía en un punto donde se amarra el cordel o hilo con el que se va a elevar, y estos serían los frenos y la estabilidad del mismo, la cauda o cola la formaba con flecos del mismo papel de sesenta centímetros de largo, permitían en conjunción con los frenos, el equilibrio total del papalote al momento de empezarlo a elevar, de otra forma si no se sabían poner estos aditamentos, el papalote cabeceaba de extremo a extremo y nunca lograba elevarse.

Mi padre había pasado gran parte de la tarde fabricando aquel papalote especial en forma de paloma, no omitió detalle alguno; colores, amarres, frenos, el peso de la paloma y sobre todo un gran carrete de hilo de cáñamo fuerte y largo para remontar las alturas, su gusto era fabricarla él mismo para de algún modo vernos felices, pero también quería ver elevada aquella paloma, que se perdiera entre las nubes y que se viera desde el pueblo, los sesenta de ancho por uno treinta de largo debería verse como un pequeño pájaro entre las nubes.

Estábamos ansiosos por presumir y elevar aquel papalote, por eso cuando lo terminó y nos lo entregó, salimos con rumbo a la playa como bólidos, cuando llegamos ya habían niños y adultos elevando también sus papalotes. Era un día como pocos una tarde soleada, ideal para nuestros propósitos, el viento era propicio para elevar papagayos, había una gran variedad de ellos, colores y formas, cuadrados, romboides, redondos. Ya en lo alto se podían apreciar una docena o más, con sus enormes colas se podían mantener arriba y elevarse muy alto, mis hermanos y yo empezamos a elevar la paloma, y poco a poco esta empezó tomar altura le dábamos hilo y jalábamos para que se elevara, y así le estuvimos siguiendo estos pasos y poco a poco empezó a subir, la idea era darle todo el hilo que tenía el carrete que era bastante grande. Teníamos también el tiempo en contra para bajarla, pues eran pasadas las cinco, cuando me tocó tenerla en las manos, sentí una gran emoción, el hilo hacia una gran onda provocada por el aire y el tamaño del papalote, pero también hacia una fuerza parecida a la resistencia que ofrece un pez al morder el anzuelo, tira del cordel tratando de zafarse cuando ha mordido la carnada, pero si no te pones listo y lo sueltas, lo pierdes.

Los papagayos en el firmamento con sus llamativos colores, contrastaban con el blanco y negro de las gaviotas y fragatas que desde lo alto y a veces estáticas, desafían la gravedad, mirando este bello conjunto, mi mente viajó entonces con ellos; cerré los ojos y me vi que montado en el papalote podía ver de cerca a estas palmípedas, tocar sus alas, podía recorrer el pueblo, ver sus casas, sus calles, llegar hasta donde el mar se une a la laguna y remontar en mis sueños mar adentro, hasta donde el horizonte se funde en el tiempo y el espacio, vi de pronto en la superficie a unos delfines o toninas comiendo tras un cardumen de pequeñas

cojinudas (jurel pequeño) moví los frenos de la paloma hacia abajo para volar muy cerca de estos peces nadando a ras de la superficie, lo hacían en parejas, sus cuerpos como saetas cortaban las olas en persecución de su alimento, entraban y salían en el mar zigzagueando juguetones, las gaviotas por su parte atisbaban desde las alturas a su presa y una vez localizada, se lanzaban en picada al mar para atraparlas; en la busca constante del alimento estos pájaros marinos con el tiempo llegan a quedar ciegos, y sin la posibilidad de ver mueren de hambre, sin embargo las fragatas o rabihorcados optan por el suicidio, cuando pierden la habilidad de buscar el sustento, buscan en lo alto de los árboles una horqueta, meten el cuello en ella y con sus patas se empujan hacia atrás para desnucarse; sus cuerpos se pueden ver algunas veces colgando de los árboles de mangle hasta que se desintegran.

En mis fantasías, imaginé salir del mar buscando de nuevo el pueblo, mis hermanos a mi lado escribían cosas en hojas de papel, les hacían un hueco y las pasaban por el carrete de hilo, que yo sostenía en mis manos, aunque mi mente estaba en otra dimensión, el aire mismo hacía que la hoja de papel recorriera todo el hilo hasta pegar con la paloma, gritaban jubilosos cada vez que un papel llegaba al papalote; imaginé también ver a mi madre sentada en su mecedora en el corredor de la casa, le grite entonces:

–¡mamá, mamá! acá estoy, mírame estoy volando– agité los brazos desesperado tratando de llamar su atención, y en esos momentos los que estaban a mi lado reaccionaron sacándome de mi sueño –¡eh, vamos! ¡Despierta! vas a soltar la paloma, agárrala fuerte–, reaccioné demasiado tarde, cuando el papalote empezaba a cabecear de un lado a otro, ayudado por una ráfaga fuerte de viento, el hilo no aguantó y reventó, el papalote se precipitó lentamente a tierra; en la playa, veíamos con angustia como aquella hermosa paloma, aquel papalote de lindos colores se perdía de nuestra vista para siempre, corrimos a través de los uverales cruzando los cerros tratando de ver dónde podría caer, solo el largo hilo quedó entre las palmeras de coco, teníamos la esperanza de verla colgar de una de ellas o de un árbol de cocohite, pero no fue así; por la altura que tenía, el papalote había caído en la laguna, desapareciendo por completo, ni siquiera el esqueleto se recuperó.

No pudimos hacer nada y regresamos a casa desilusionados, mi padre no le tomó mucha importancia al hecho, pero el siguiente fin de semana nos fabricó otra mucho mejor, el domingo al medio día como casi todos, nuestra abuela materna nos llevaba a bañarnos al mar, ella era una experta en la natación, llevamos con nosotros el papalote para elevarlo.

## Capítulo 5

Llegamos a la playa mientras otros se retiraban, era un grupo de unos 50 evangélicos que desde temprano llevaban a cabo el bautizo colectivo de sus feligreses, los candidatos al bautismo se vestían con una túnica blanca, uno a uno se metía al mar con el pastor de la iglesia, con el agua arriba de las corvas, hacia una breve oración y luego el pastor tomaba al individuo por el pecho y la espalda sumergiéndolo de espaldas en el mar, con esto quedaba libre del pecado original, emulando el bautizo de Cristo en el Jordán, los vimos partir mientras mi abuela se metía a nadar, pensamos hacer lo mismo y luego elevar la paloma, cuando a la orilla y a pocos metros contrario de donde habían estado los aleluyas, como les decíamos a los evangélicos, un plumífero blanco llamó nuestra atención, las olas a su final en la playa apenas mojaban su cuerpo, permanecía estático con los ojos cerrados y el pico sobre su pecho; pensamos que estaba muerto, al acercarnos para verlo más de cerca, el animal abrió los ojos y extendió las alas tratando de alejarse de nosotros, entonces nos dimos cuenta que era un pelícano blanco y tenía pocas plumas en todo el cuerpo, notamos que no era tierno pero estaba en tiempo de pelea, y eso lo hacía vulnerable al grado de no poder volar, por eso la marea lo había arrastrado desde su refugio hasta la playa.

Lo tratamos de agarrar y él se defendía a picotazos, cuando lo atrapamos, por su instinto se dio cuenta que no le íbamos a hacer daño, mi hermano mayor lo abrazó y cargó y así lo llevamos a casa, al llegar con el ave, mi padre nos pidió que lo lleváramos a la laguna, pero cuando le hicimos ver que no podía volar, nos permitió quedárnoslo.

Salimos al patio y llenamos de agua una palangana grande que teníamos y lo pusimos en ella, tomamos un canasto hecho de bejucos, que mi padre utilizaba para echar el camarón cocido que compraba en las rancharías, y salimos rumbo a la laguna que nos quedaba cerca, nos

metimos con el agua debajo de las rodillas, para atrapar pececitos que echábamos en un recipiente con agua para mantenerlos vivos; logrado nuestro objetivo nos regresamos.

El pelícano aún estaba en el recipiente, lo sacamos y lo pusimos a un lado, vaciamos los peces en el agua y esperamos su reacción, al ver los peces se lanzó sobre ellos dándose un buen festín hasta no dejar ninguno, luego regresó muy tranquilo a su pequeño lago .Pasó el resto del día durmiendo, de vez en cuando estiraba sus alas y levantaba el pico.

Al día siguiente viniendo de la escuela, tuvimos que ir de pesca a la laguna, quería comer a cada rato, pasaron unos días y mis padres entonces cambiaron su dieta dándole trozos de pescado, que de igual forma devoraba, nos convertimos en sus trabajadores durante la temporada que estuvo con nosotros, caminaba por el patio y a veces se metía a la casa, por las noches dormía arriba de un ciruelo; con el tiempo nuestra exótica mascota se fue llenando de plumas, parecía más grande porque en realidad era adulto, las puntas de sus alas eran negras, pero también comía mucho, en ocasiones le dábamos de comer en el pico o le enseñábamos un pescado y él nos seguía, realmente estaba acostumbrado a nosotros pensábamos, llegó el momento en que mis padres ya no querían tenerlo, argumentado que el animal necesitaba incorporarse a su hábitat natural. Por tal razón, un sábado por la mañana después de desayunar nos dijo:

–agarren al pelícano, lo llevaremos a la laguna, vamos a soltarlo con sus compañeros–, lo agarramos por el tronco de sus alas pues ya había ganado unos cuantos kilos, caminamos con él al estero y lo pusimos en la proa de una canoa varada en la orilla, que mi padre tenía donde transportaba mercancía de los lugares donde no se podía llegar más que por agua.

Arrancó el motor y salimos, el animal miraba el panorama estudiando tal vez el terreno, se dio cuenta que ya estaba en sus dominios, algunas garzas y gaviotas pasaban volando cerca, pero él no se inmutaba, esas aves no eran de su clase; nuestra intención era llevarlo al Pajal donde abundaban los de su especie, la canoa siguió su curso y el animal permanecía inmóvil, algunos pescadores en sus cayucos miraban con extrañeza aquella ave parada en la proa de la canoa, solo teníamos unos

quince minutos de viaje; de repente a babor, divisamos una parvada de pelicanos con su guía en punta, formando líneas geométricas en su majestuoso vuelo casi en cámara lenta, era muy común ver estas parvadas de distintas aves, en épocas de migración, había que pararse para verlas cruzar el firmamento de Sánchez Magallanes, un bando pequeño avanzaba en nuestra ruta a muy baja altura, al pasar frente a nosotros sucedió lo impensable, nuestra mascota las miró y aleteó un poco muy tranquilo, luego se irguió sobre sus cortas patas, abrió sus alas e impulsándose, levantó el vuelo para unirse a sus compañeros, solo volteó la cabeza para despedirse. Con onda tristeza los vimos perderse en lontananza, pues ya nos habíamos acostumbrado a él, emprendimos el corto viaje de regreso, ese mismo sábado por la tarde, estrenamos el nuevo papalote, y esta vez regresamos con él a casa.





## Capítulo 6

Poco a poco el pelícano fue quedando en el olvido, mi infancia me empezaba a abandonar y comencé a alejarme de los juegos infantiles que tanto disfrutaba, con ella fenecieron también muchos sueños, había que empezar a trazar metas; algunos lloramos escuchando las golondrinas en nuestra graduación, cuando terminamos la primaria. Se nos trataba como si hubiéramos terminado una carrera universitaria. Regalos, vals, algunos compañeritos recibían incluso anillos de graduación, esa noche terminaba entonces la primera etapa de nuestra enseñanza, empezaba también nuestra pubertad y con el otoño empezaríamos también la secundaria, para mi fortuna, en el campo Magallanes hoy Villa Benito Juárez tenía un año de operaciones una secundaria estatal, y allá fuimos a estudiar un buen número de nosotros, viajábamos diariamente media hora, fue un cambio radical en nuestras vidas; conocimos nuevos amigos y amigas, las niñas dejaron de serlo para convertirse en hermosas y lindas adolescentes, siempre las tratamos con mucho respeto. Un amigo y paisano con el que compartí gran parte de mi vida fue Rodolfo “Rudy”, a mediados del último año cuando salíamos temprano y aún no oscurecía, bajábamos del camión antes de casa para pasar por “El caballo blanco”, era un cabaret donde las prostitutas se bañaban con las puertas abiertas. Como el dueño abría en la noche, nos metíamos por la parte de atrás; a estas mujeres les gustaba enseñarnos sus encantos y nosotros no desperdiciábamos la oportunidad de verlas, algunas veces conseguíamos los favores de alguna que le gustaban los chamacos.

En una ocasión una de ellas estaba embriagada y me llamó para platicar; me narró parte de su vida, tenía muchas cicatrices en sus muñecas de las ocasiones en que había intentado quitarse la vida; terminé dándole los veinte pesos que traía en el bolsillo para que siguiera bebiendo.

Cuando llegué a mi casa ya había oscurecido y mi madre me reprendió muy fuerte y me dijo:

–¡No se te ocurra ir a meterte al cabaret!, no estás en edad de hacerlo y te vas a meter en problemas–.

–Está bien, le contesté– ya me lo has dicho

–Quién sabe qué clase de mujeres llega a esos lugares–, dijo

–Por ahí anda todavía doña Irene– le comenté, –ya está grande la señora y todavía sigue en lo mismo–. Mi madre la conocía porque de joven, ella les confeccionaba vestidos a Irene y sus muchachas, como ella les decía, creo que esta dama era la proxeneta más longeva del pueblo en este oficio. Por los años sesenta, tuvo el mejor cabaret del lugar; mujer robusta, piel blanca, de ojos aceitunados, busto exuberante y un gran trasero, su estatura no rebasaba los 1.60, la cintura se la formaba un gran cinturón de diez centímetros de ancho, que a veces por lo apretado, no le permitía respirar bien cuando subía el cerro donde estaba ubicado el cabaret, sus orejas y brazos, colmados de aretes y brazaletes de oro (todavía se podían usar); su cuello corto lo adornaba un gran collar del mismo metal y perlas de fantasía, su rostro era una máscara de colores, sus ojos y pestañas cambiaban de color cuando los abría y cerraba, sus labios gruesos por la pintura, esbozaban una permanente y sugestiva sonrisa, sin embargo, esa mujer era el sueño erótico de la gran mayoría de adultos en el pueblo.

Ella también era la responsable de la vida de por lo menos seis mujeres de la vida galante, esas seis personas alegraban la noche de aquel cabaret que abría sus puertas a las nueve de la noche y cerraba a las tres de la madrugada. Otra de las damas muy pintoresca también, era Úrsula. Su nombre lo llevaba muy bien puesto ya que daba la apariencia de un úrsido; su cuerpecito de 1.40 de estatura no tenía forma alguna, desde cualquier ángulo que se le viera, era bien llenita, eso sí, presumía a todas su pelo esponjado y de colores que parecía una madeja de estambre, sus ojos rasgados y delineados apenas se abrían por una pequeña abertura entre sus pestañas saturadas de rímel, de boca pequeña y prominentes mejillas chapeadas, sus labios mantenían un movimiento incansable, por una gran bola de chicle que no dejaba de mascar ni aunque estuviera con un cliente en cualquier tipo de trance.

Estas mujeres contaban también con una compañía imprescindible en estos lugares, su mote era conocido en todo el pueblo: Dorinflina. Este personaje era el encargado de hacer todo tipo de favores a las mujeres, no media más de 1.50 de estatura, era tan delgado que sus pómulos resaltaban en su cara, la cual maquillaba por las noches, no tenía carne ni para una empanada, pero no faltaba un loco que le hiciera el favor de vez en cuando, una de estas damas que bien vale la pena recordar, sobre todo por el acontecimiento en que se vio involucrada, fue Nancy, era su nombre de batalla, no merecía ningún adjetivo procaz, pues exigía el respeto de cualquier cliente que pisara el lugar.

Era selectiva y se prostituía por gusto, pues no tenía necesidad al menos así decía; pero en realidad se cotizaba muy caro, todos querían con ella, la veían como una rareza henchida de placer, sus compañeras en cambio, muy pocas la aceptaban; querían ser ella para ganar mucho dinero y sacar el mayor provecho a aquel cuerpo de Venus admirado y deseado por ellos, envidiado por algunas que sentían les quitaba los clientes, algo imposible pues no podían competir con ella en ningún aspecto.

Aquella escultural dama aparecía en el pueblo cada quincena, quince días dedicados al placer y a la liviandad, ella escogía con quien acostarse, y por supuesto tuviera dinero; muchos soñaban con tener mucha plata para poder disfrutar de sus encantos, estaban dispuestos a pagar el precio que pidiera pues consideraban que valía la pena. Los días que permanecía en el cabaret este estaba siempre lleno, no había mesas vacías, cuando Nancy llegaba al lugar, todo el pueblo lo sabía. La dama en cuestión poseía una belleza amazónica envidiable, su 1.70 de estatura sobresalía por sobre todas las demás, senos turgentes no muy grandes, su pelo castaño quebrado caía abajo de sus hombros como cascada regándole la espalda, sus facciones finas esbozaban siempre una pícara y sensual sonrisa que al hacerlo, dejaban ver unos blancos y bien cuidados dientes, enmarcados por labios carnosos y frescos cual duraznos abiertos en flor, su piel apiñonada con fragancia de embriaguez perturbadora, sus largas y torneadas piernas sostenían unos gemelos y hermosos glúteos redondos y firmes, que al andar extraía suspiros y jadeos de bestias en celo.

Era una figura que Fidias o Miró habrían escogido de modelo en la antigüedad para esculpir en el mármol, sin embargo esa venus viviente

se presentaba cada quince días de carne y hueso en aquel pueblo de pescadores, que la veían como una visión, aunque nadie sabía que esa visión, esa afroditas, era casada.

Su marido era un ingeniero de una villa a una hora y media del pueblo, trabajaba en una plataforma de extracción de petróleo en el mar. Este empleo le reportaba grandes ganancias, un trabajo muy bien pagado, que le permitía darle a su mujercita divina todo lo que se le antojara; solo que ella tenía otro tipo de antojos, pues en pago, le adornaba la cabeza con una gran cornamenta que al pobre hombre le ocasionaba constantes dolores de cabeza y pérdida del equilibrio. El medio mes que el marido de Nancy pasaba en alta mar, rompiéndose el lomo, su mujer la pasaba en el pueblo, donde todos la deseaban y nadie la conocía; rompiendo corazones y colchones.

Una noche en que el salón estaba casi lleno, la dama se había percatado de un joven de figura atlética que estaba sentado solo en una esquina degustando una helada cerveza, sabía también que traía dinero en las bolsas porque al pagar había sacado una buena cantidad de billetes de varias denominaciones, de lo cual el mesero que lo atendía se había dado cuenta y le hizo el comentario a ella, pues sabía que ésta le daría una propina por tal información, algo que se estila en este tipo de lugares donde los favores se pagan de alguna forma; el muchacho ya tenía ratos con la mirada puesta en ella, no la perdía de vista y la dama estaba sola tomando una cerveza, a su lado otras mujeres fichaban con los clientes, el hombre quería ser el primero de la noche de aquella sensual mujer.

Con el codo apoyado en la mesa, Nancy levantó la mano a la altura de la nariz y le hizo una señal con su dedo índice izquierdo, en la derecha sostenía un vaso de cerveza con el que insinuó una invitación al joven galán; el hombre casi corrió a sentarse a su lado. Después de invitarle un par de cervezas y una efímera plática donde acordó el precio, la mujer se levantó tomándolo de la mano, cruzaron el salón ante la mirada de envidia de todos los ahí presentes que los vieron meterse al cuarto.

La mujer cerró la puerta tras de sí con Pablo tomado de su mano, se dejó llevar por ella al borde de la cama y se sentó sin decir palabras.

Nancy tomó en la palma de su mano la barbilla de Pablo, y con la otra asió su diestra, se levantó su blusa, y la mano callosa del muchacho

sintió entonces el suave contacto de aquella tersa piel que transpiraba un tenue calor.

–¿Recuerdas Pablo?, te lo prometí, y aquí me tienes–. Sin decir nada trato de abrazarla, –¡espera, no comas ansias! todo a su tiempo, deja que me quite la ropa–. La música del salón, no era la apropiada para ese momento en el pequeño cuarto, sin embargo; como si escuchara una sensual melodía, con cadencia y a la luz tenue y mortecina de una lámpara de buró, la mujer empezó a despojarse de su atuendo.

Se quitó la blusa lentamente, tirándola a un lado de la cama, el hombre a metro y medio de ella miraba embelesado sin poder articular una sola palabra; Nancy se quitó la falda dejándola caer a sus pies, Pablo pasaba la lengua por sus labios húmedos, tenía ya la cara enrojecida, su cuerpo estaba tenso, la mujer había quedado en ropa interior, un sostén talla 38 eran la prisión de unos redondos y turgentes senos que pedían a gritos ser liberados, la dama desabotonó entonces el brassiere y estos saltaron de su prisión manteniéndose temblorosos y erguidos en su lugar luego, desato las pequeñas correas a los lados de un diminuto bikini, que al caer permitió ver por fin, ese cuerpo desnudo de diosa exquisitamente formado y ávido de placer, esa figura que tantos anhelaban pero que muy pocos tenían el gusto de disfrutar, aquel hermoso y escultural cuerpo sin una sola prenda encima, camino cadencioso hacia el hombre, boquiabierto la miró parada frente a él, la tomó de las caderas acercándola, la mujer sentía muy cerca del pubis la respiración agitada de aquel pobre infeliz, cuyas manos temblaban en torno a su cuerpo, el corazón se le aceleraba queriéndose salir del pecho, no articulaba palabra alguna, Nancy apagó entonces la luz.

–¡Anda, desvístete!– En la penumbra no se percató lo que ocurría, Pablo abrió la boca queriendo tomar aliento y se llevó las manos al tórax, ella con una voz pausada y sensual le dijo –¡espera, déjame ayudarte!– El hombre agarró con fuerza las manos de la dama, y en esos momentos ella se dio cuenta que algo andaba mal, trató de prender la luz para ver lo que sucedía, él entonces la soltó, sus brazos flácidos. Cayeron a los flancos y ella se hizo a un lado horrorizada, Pablo cayó de bruces fulminado por un infarto.

–¡Pablo, Pablo, qué te pasa, qué tienes!–, le gritaba.

El hombre estaba inerte, inmóvil, ya no la escuchaba había pasado a mejor vida. La mujer salió del cuarto semi desnuda gritando pidiendo auxilio, al verla irrumpir en el bar sus compañeras pensaron lo peor, –¡Qué pasó, te pegó ese desgraciado!–

–Dinos qué te pasó–. Nancy apenas podía articular palabra, lloraba y hacia ademanes con sus manos;

–Pablo, está muerto– gritó desesperada,

–¿Está muerto?, ¡eso no es posible!–, dijo Irene en la barra –no puede ser–, los que habían ido al cuarto de Nancy regresaron abatidos, efectivamente, el hombre había fallecido. Ella quedó sollozando recordando como en sueños su encuentro con él, dos meses antes. Pablo, como se llamaba el hombre, era un tipo sano pescador de oficio. Había hablado con Nancy en el cabaret, pidiéndole que accediera a brindarle una hora, una hora solamente de placer, ella en cambio no le parecía del todo mal, era joven no muy atractivo, de cuerpo atlético forjado por el trabajo físico, que a diario realizaba, apenas había terminado la primaria y como la gran mayoría de los jóvenes del pueblo, sus pláticas estaban relacionadas con su trabajo cotidiano, sus amigos y las borracheras que con ellos se ponía, ella en cambio más refinada, solo lo escuchaba hablar de sus quimeras y fantasías;... y una de esas quimeras era ella sin duda alguna.

También se daba cuenta debido al asedio constante pero respetuoso del joven, ya que estaba pendiente de su arribo al prostíbulo del pueblo.

Al día siguiente de su llegada, Pablo le llevaba el mejor pescado capturado, que unas veces se comía y otras lo compartía con sus compañeras que en el lugar vivían, cada una de ellas, tenía un cuarto dentro del negocio donde realizaba su trabajo por las noches.

La prostitución estaba prohibida en las calles, estas mujeres incluso eran objeto de una revisión médica cada semana para evitar el posible contagio de cualquier enfermedad. Solo salían un día a la semana para dicha visita, el número de ellas variaba, a veces eran ocho, seis, en fin... Lo que si recuerdo era su paso por las calles hasta llegar al centro de salud que estaba a unos 300 metros. Se ponían sus mejores ropas, colores chillantes, perfumes penetrantes, escotes pronunciados y portabustos

que llevaban a sus prisioneros a punto de escapar; su caminar cadencioso, sugestivo, entre risas y chiflidos de espectadores que con morbosa intención se enteraban ese día, si había mujeres nuevas en el congal, las faldas pegadas al cuerpo un poco arriba de las rodillas, denunciaban glúteos lujuriosos que hasta los ciegos hacían voltear a ver.

Al llegar al nosocomio no quedaba más que el doctor y la enfermera, los demás huían despavoridos; que triste, (parecían la peste) imagínense... pobres mujeres, vilipendiadas de cualquier forma, enclaustradas en un prostíbulo por ¿gusto o necesidad? Solo ellas lo sabían; el cabaret en cuestión era un gran salón con pista de baile y mesas, sus cuartos acondicionados a los lados de toda la construcción, eran de madera de yagua y techo de lámina de zinc, solo contaba con tres baños para las damas que ahí trabajaban.

La idea de Pablo era ganarse los favores de aquella hermosa mujer a costa de lo que fuera.

–Nancy–, le decía, –yo puedo mantenerte y darte todo lo que tú quieras, trabajaré para ti, no te hará falta nada, te voy a llevar a vivir a mi casa con mis papás, mientras hago una casita para los dos donde podamos disfrutar el amor sin que nadie nos moleste, viviría para ti y solo para ti te lo juro–.

La mujer no respondía al enamorado individuo que hacia esfuerzos desesperados porque esta lo tomara en cuenta.

–Bueno, ya que no quieres ni siquiera contestarme, cuando menos dame la oportunidad de estar contigo aunque sea una hora, no te pido más, me gustas mucho y me duele verte que te vas con otros al cuarto, ¡y porque conmigo no!... ¡dime, cuánto quieres! Yo te lo doy–. –Mira Pablo, tú sabes que el dinero a mí es lo que me interesa, yo me acuesto con quien yo quiera y quien me guste; pero eso sí, que me pague bien si no, no hay nada. Otra cosa; si algún día, te diera la oportunidad de estar en mi cama, prométeme que no harás preguntas, no te voy a prohibir nada; pero tampoco quiero que te enamores de mi... una vez que estés complacido no me volverás a tener aun con mucho dinero, esas son mis reglas, no quiero compromisos ya te dije, con nadie–. Pablo solo escuchaba lo que la dama decía, no articulaba palabra alguna, recargado en la puerta del cuarto solo escuchaba hablar a Nancy.



Ella aún estaba en bata, y se disponía a tomar un baño para salir a trabajar; en realidad, le había dedicado gran parte de su tiempo a aquel hombre que estaba enamorado de ella. Al grado de ofrecerle sacarla de aquel lugar ofreciéndole un nombre... un hogar.

Por un rato sintió compasión por Pablo, y pensó. ¡Qué tanto la quería! ¿Sería posible que un hombre amase a una mujer aun sin conocerla?, y sobre todo. Ella, ¿merecía el amor puro y sincero de un hombre probo y sano como Pablo?

Recargado en el umbral esperaba alguna reacción de la dama, en el salón las demás mujeres iban y venían apuradas en su arreglo personal, dos meseros bajaban las sillas que habían quedado arriba de las mesas el día anterior, les pasaban una franela húmeda que enjuagaban en una cubeta metálica con agua a la mitad, en la barra, el encargado del lugar ponía suficiente hielo a las cervezas en las neveras.

Nancy dijo entonces volviendo de sus pensamientos; sabes Pablo, me dio gusto platicar contigo, agradezco que me quieras y quererme sacar de aquí, pero... –este es mi mundo, no me gustan los compromisos, soy una mujer libre, y no me gusta estar atada a nada, ni a nadie–.

Créeme lo siento; busca a alguien del pueblo hay muchas mujercitas que con gusto se casarían contigo, no busques aquí. Porque solo encontrarás que te ponga los cuernos con cualquiera, además todo mundo nos conoce, no te das cuenta o estás ciego, si te llegaras a llevar a una de nosotras tal vez por un tiempo esté contigo, pero cuando se aburra regresará al lugar que pertenece, debe haber algunas excepciones, no lo dudo, pero que te quede claro Pablo, nosotras somos putas; las señoras del pueblo nos tienen coraje porque nos acostamos con sus maridos, pero eso a nosotras nos vale un carajo, total ni las conocemos.

–Aquí el que traiga dinero es bien recibido–, continuó diciendo mientras encendía un cigarrillo, vienen a comprar caricias y sexo a este lugar, tal vez porque en su casa no lo encuentran o porque simplemente, son maridos cabrones.

–Pero ese no es mi problema–, Pablo solo escuchaba a la mujer sin decir palabra, ella prosiguió el monólogo, levantándose de la cama para tomar una pintura de uñas del tocador, quería dejar en claro al hombre

su postura y por supuesto, que ella se cotizaba muy caro. –Una cosa te digo– prosiguió, –las hay buenas y malas, de todos modos lo puta no nos lo quita nadie, así es que no busques problemas–.

–Es más te voy a confiar algo que nadie sabe,

–¡Así es Pablo!–. Donde vivo, soy una mujer decente, aún no tengo hijos; pero estoy casada con un hombre que me da todo lo que una mujer podría desear.

Sin embargo, ni yo misma entiendo porque estoy aquí, me gusta mi libertad, pero también me gusta la compañía de los hombres, me gusta ser yo la que mande, no lo contrario, soy cabrona lo sé, pero el marido que tengo me encontró en un cabaret, y le fui fiel por unos meses mientras se me pasaba el enamoramiento, pero después ya ves donde estoy-, mis compañeras son pendejas, se venden muy barato, yo no Pablo ¿de dónde crees tú que voy a sacar para darme ciertos lujos?, como mis perfumes que a veces mi marido no me quiere comprar, me da todo, como ya te dije, pero no le gusta que gaste demás y ahí es donde ya no me gusta, pasado mañana me voy, tal vez la próxima vez que venga me acueste contigo, no lo dudes, nada más ten paciencia y dinero sobre todo.

Que irónico, a dos meses de hecha su promesa, había cumplido su palabra de acostarse con Pablo. Pero este nunca había visto una mujer con esas dimensiones, y menos aun completamente desnuda... Por eso su corazón no había resistido tal impresión ya que nadie sabía que aunque era joven, padecía un mal cardíaco, y ahora “estaba muerto”, había caído fulminado a los pies de quien fuera su sueño nunca cumplido. En unos momentos la policía llegó al lugar, el médico del pueblo ya estaba allí.

–¡Qué ha pasado!– Preguntó.

–¡Adentro doctor, pásele!– le dijo Irene, el galeno camino rápido hacia el pequeño cuarto, y se puso en cuclillas ante el cuerpo inerte de aquel infeliz, tomó la mano de Pablo para tomarle el pulso, buscando algún signo vital, pero fue inútil.

–¡De que murió doctor!–, preguntó el agente municipal,

–Parece que fue un infarto fulminante.

–Tiene amoratado el pecho, y se empieza a poner rígido;

–Si pero ¡por que! ¿Qué lo mató? No entiendo,

–Mire, señor agente municipal, acotó el facultativo.

–Este hombre estuvo bajo presión, antes de sufrir el infarto, debió haber tenido algún síntoma, que quien estaba con él no lo notó, a pesar de ser joven podría tener un problema que ni él sabía, y si estaba en el acto carnal peor aún, pues su ritmo cardiaco aumenta por lógica, su corazón no aguantó y estas son las consecuencias; por lo tanto ni a quien echarle la culpa–, para la persona que estaba con él, prosiguió el médico –debió llevarse tremendo susto y tampoco se le puede culpar, según mi opinión solo falta que haga usted sus investigaciones, y tome en cuenta lo que le digo–.

El agente municipal ordenó entonces a sus policías

–¡levanten el cuerpo!, llévenlo a la comandancia, y avísenle a sus familiares para que vayan por él.

No le practicaron la autopsia pues aún no se acostumbraba, fue hasta los 90 que en el panteón se construyó un espacio de unos cuatro por seis metros, con una mesa de piedra al fondo donde actualmente a algunos cadáveres se les hace esta práctica. Cuando levantaron al occiso una que otra no pudo contener el llanto, pues conocían bien al muchacho.

El lugar se fue quedando vacío poco a poco, las mujeres que allí vivían quedaron tristes en silencio, la noche transcurrió cual larga era, el lúgubre ladrido de los perros le daba un toque de misterio y tristeza, la brisa fresca del mar y el canto de las olas que terminan su largo y precipitado andar en la playa, hacían más fúnebre el paso de la noche, en el cabaret el sueño hizo presa de los ahí presentes.

Al día siguiente las mujeres despertaron muy temprano recordando la noche anterior como una horrible pesadilla, todas fueron a buscar a Nancy a su cuarto pero... ya no la encontraron, se había ido con el alba, y esa vez partió para siempre. Solo la fragancia de su exquisito perfume había quedado en aquel cuartito, su llegada fue un misterio y su partida también, Pablo fue quien conoció su verdadera identidad pero se la llevó con él, estas damas cambiaban de residencia muy seguido, algunas, cansadas de la vida que llevaban por circunstancias de las que ellas mismas eran inocentes, otras tenían la fortuna de encontrar una persona libre de complejos y atavismos, quien las sacaba del lugar haciéndola su compañera. Mi madre me relató parte de esta historia porque alguna vez le confecciono ropa a Nancy entonces se usaban como era la moda,

los vestidos de medio paso pegados al cuerpo que permitían delinear las curvas de quien los portaba.



## Capítulo 7

Los domingos sobre todo, en que las muchachas del pueblo se vestían de gala para asistir al baile por la noche, era imperdonable quedarse en casa. Desde temprano después del mediodía, salíamos a la playa con los amigos para jugar, recorrer la costa y si se presentaba la oportunidad, podíamos entablar plática con algunas amiguitas que llegaban a bañarse por la zona más amplia de las playas, donde esperábamos el comienzo de la tertulia dominical del balneario “Ensueño del trópico”, uno de los pocos lugares en el estado de convivencia familiar que abrió sus puertas por los años 50. Para los 70 y con la apertura de la carretera, pasó a ser un centro turístico de mucha relevancia.

De una palapa que originalmente tenía de 15 por 40 metros, le fueron agregadas dos más de la misma dimensión, contaba también con un mezzanine en la tercera palapa que funcionaba los sábados como piano bar, tenía como complemento una enorme cocina donde se preparaban exquisitos platillos a base de carnes y mariscos, un bar muy bien surtido con toda clase de bebidas y cervezas. Pero sobre todo, una exquisita jarra de agua de coco con ginebra y harto hielo que disfrutabas a la orilla del mar, ya que en las playas se construyeron ramadas donde incluso se podían colgar hamacas, contaba también con búngalos amplios y limpios donde podías pernoctar los días que quisieras. Playas limpias, enramadas, caballos en los que podías pasear por la orilla del mar, el servicio era de primera, su propietario Sr. José Sevilla F. procuró siempre la satisfacción de todo aquel que llegara al lugar, además de ser pionero del turismo en el estado.

Contrataba para los bailes los mejores grupos del momento, uno de ellos fue sin duda la Sonora Santanera, nombre que el creador de la orquesta puso al conjunto por haber nacido en el lugar, su nombre: Carlos Colorado. Muchos bailamos al compás de su música y muchos también conquistamos a nuestra pareja en uno de esos bailes.

El mes de julio que se celebraba y celebra aún las fiestas de la patrona del lugar, el único parque existente se vestía de fiesta, hacían su aparición los juegos mecánicos, los puestos de todo tipo de vendimias propias de una feria, con esta empezaba también la temporada del yoyo y el balero, en el balneario no podía faltar la Sonora Santanera pero diciembre sin duda era el mejor mes, las posadas daban inicio, los niños hacían sus ramas y cantaban por las calles del pueblo; en una pequeña lata se recolectaban dulces y monedas que las gentes les obsequiaban, las familias organizaban también sus posadas sanamente.

El 31 de diciembre el balneario cerraba con broche de oro, el baile comenzaba a las diez de la noche, dos conjuntos amenizaban la ocasión, los ahorros de medio año eran dispuestos para ese gran evento. Familias enteras se desplazaban al lugar para pasar una velada inolvidable, pláticas amenas de lo acontecido en el año y demás eran el tema principal, antes de las doce regresaban a sus hogares para la cena en familia, algunas mesas quedaban aún repletas de cervezas y vinos, no faltaba en cada casa el pavo o una pierna de cerdo al horno, se cenaba con la familia y algunas veces con las amistades, pero eso sí, pasadas las doce y después del abrazo de buenaventura, se salía a la calle a quemar al viejo que esperaba paciente su tiempo de entrar en acción, había sido hecho con antelación; relleno de viruta y cuetes, como cabeza se le ponía un coco y una leyenda alusiva a la fecha, a veces ostentaba el nombre de algún personaje impopular del pueblo o gobernante, que incluso es algo que aún se estila en los lugares donde prevalece esta tradición.

Se bailaba y bebía cerveza hasta verlas consumirse por completo, entre el tronar de los cuetes y el ruido estridente del festejo. Pasadas la una de la mañana, se regresaba al balneario a terminar lo que en las mesas había quedado, y seguir la diversión hasta el amanecer que los conjuntos terminaban de tocar, todo llegaba a su fin entre abrazos, risas y llanto, algunos retornábamos a nuestras casas caminando a orillas del mar con la briza de la mañana pegando en el rostro y un frío de principio del invierno, que hacía que la bolera se nos bajara un poco, otros en cambio caminaban por las calles riendo y cantando, en ocasiones los más jóvenes prolongábamos la diversión hasta casi entrada la noche del nuevo año.



Balneario "Ensueño del trópico", 1970.



Balneario "Ensueño del trópico", 1990.





## Capítulo 8

Comenzando el nuevo año, las personas se integraban a sus labores cotidianas sin faltar los abrazos de felicitación que duraban todo enero, sin embargo había que prepararse también para el carnaval, pues en las casas de los organizadores se ensayaban las danzas que domingo a domingo se iban a bailar. Año con año se innovaban nuevos disfraces, nuevos participantes, lo que no cambiaba era un personaje que portaba una máscara de cartón, se confeccionaba una especie de caja larga a la cual se le adaptaba el esqueleto de una cabeza de vaca, y una cola fabricada con henequén, enfundado en ella, corría a chicos y grandes, aparecía otro vestido todo de rojo, era el diablo que también con un tridente en la mano hacía lo propio, la vaca también tenía su torero, cuando era cogido por ésta aparecían en escena un doctor y una enfermera, los cuales terminaban corneados por el del disfraz y aquello se convertía entonces en un verdadero desorden.

Había otras comparsas que al compás de una melodía ejecutada con violines y flautas de carrizo. Danzaban en círculo enrollando y viceversa un gran bastón con cintas de colores amarradas en su extremo superior. En uno de estos carnavales anuales hizo su aparición entonces un extraño personaje, recorrió las calles arriba de unos zancos rebasando los tres metros de altura; todo el pueblo estaba extrañado pues nadie sabía de quién se trataba y de donde había salido, sobre todo por la habilidad y el equilibrio que tenía para caminar y bailar arriba de los zancos, ya que las calles se encontraban en tan deplorable estado, que con un tropiezo mordías el polvo fácilmente. Imagine el lector arriba de unos zancos, al final de las últimas fiestas carnestolendas supimos que se trataba de un señor llamado Zenón, tenía poco más de cuarenta años y esa vez, resultó la atracción principal del carnaval.

El término de este concluía casi con el solsticio de invierno, con la cuaresma en plena primavera la época de seca comenzaba y había que aprovechar el tiempo.

## Capítulo 9

Algunas familias cambiaban de residencia, lo que era muy común. Los hijos crecían y una vez que se casaban se mudaban a otro lugar, lejos de sus padres. Los terrenos eran muy baratos y se podían adquirir a precios bastante bajos, pero eso sí... cuando se cambiaban algunos lo hacían con todo y casa literalmente, nada más les faltaba llevarse el terreno. Esto incluso me tocó verlo, creo y no me equivoco, que se hacía con la finalidad de ahorrarse una buena lana, ahorro que al final era usado para el festejo de los que trabajaban en el asunto, de todos modos el ahorro se daba; para quien no había visto este tipo de cosas, le resultaba novedoso e increíble, y no era para menos, tampoco pienso que era privativo de Tabasco.

Entonces se recurría al tequio como se le llama a esta práctica o faena que se utiliza como forma de trabajo colectivo en beneficio de la comunidad, y es incluso obligatorio en algunos lugares ya que al no hacerse, las multas se pagaban monetariamente o con trabajos.

Hacia poco un vecino que había llegado a radicar al pueblo se quedó pasmado mientras observaba emocionado; un pequeño salió a la calle a observar también y llamó a su madre, mamá, mamá, ven a ver, chamacos vengan a ver le dijo a sus hermanos; yo me adelanté para ver más de cerca aquel espectáculo, a cien metros de nosotros el techo de una casa caminaba por la calle, de forma rectangular hecho de palma de guano, debajo por sus cuatro lados unos 35 hombres cargaban sobre sus hombros aquel techo, una semana antes se habían puesto de acuerdo; se trataba de Don Justo que había comprado un solar más grande y como no le quedó mucho dinero para construirse otra casa, pensó aprovechar la que tenía llevándosela al nuevo terreno, pues el lugar pertenecía a su hija, ella y su marido iban a construir su vivienda; aunque la casa la había construido el terreno no le pertenecía, don Justo había accedido a

dejar aquel terreno de muy buena gana, pero se iba a llevar su casita, el método era sencillo, pues es algo que se practicaba muy a menudo en el pueblo y consistía en despegar el techo de los cuatro o seis horcones que lo sostenían ya que estaba amarrado con bejucos o hilos de henequén, y había que transportarlo a su nuevo domicilio.

Para esto, el terreno en espera del techo ya estaba debidamente arreglado con sus parales y horcones nuevos que iba a ser la nueva casa de la familia, había expectación cada vez que esto ocurría; la gente se prestaba para ello, los comentarios no faltaban en cuanto a las dimensiones y peso del techo.

–El techito ese debe tener como dos mil pencas de guano–, comentó alguno.

–Y tal vez más– ,dijo su interlocutor.

–La otra que movimos hace un mes pesaba un chingo, ¡todavía me duele el hombro! a ver que invita Justo.

–Pues no sé, cuando menos un puchero, y unas caguamas,es a toda madre Don Ese,

–¿No te parece?

–Así es mano, pal sábado tempranito antes que nos agarre el sol, ya tenemos que tener esa fregadera en su lugar y después a chupar pero ya cumplimos.

A las siete de la mañana del día acordado, me tocó ver el inicio de aquella película, que aunque se repetía muy a menudo siempre dejaba un buen sabor de boca. Era como esos filmes de acción en los que aunque sea de extra participas en él, nadie se podía quedar en casa, había zalameros por todos lados, solo que esta ocasión algunos sí ayudaban.

Todos estaban en el contorno del techo, unos treinta hombres se encargarían de remover aquella armazón de su base, empezaron por escarbar la base de los horcones o pilares y una vez flojos los levantaron entre unos treinta hombres, otros tantos se encargaron de recibirlos en los hombros para su traslado, al unísono de un grito de alerta y eficacia, el techo fue desprendido de su base, luego empezó su travesía en los hombros de aquellos adultos y jóvenes; dispuestos a ayudar al amigo sin más pago que el agradecimiento. El recorrido en esta ocasión solo serían de cuatro cuadras. La sincronización de movimientos de aquel cortejo solo

se podía comparar a la de las hormigas que en fila ordenada transportan alimento al seno del nido. De ahí que me venga a la memoria aquel hermoso soneto de Carlos Pellicer en alusión a las hormigas y a la naturaleza misma, algo que el poeta describía de forma muy bella y singular.

Hermano sol, cuando te plazca,  
vamos a colocar la tarde cuando quieras.  
Tiene la milpa edad para que hicieras  
con puñados de luz sonoros tramos.

Si en la última piedra nos sentamos  
verás cómo caminan las hileras  
y las hormigas de tu luz raseras  
moverán prodigiosos miligramos.

Se fue haciendo la tarde con las flores  
silvestres. Y unos cuantos resplandores  
sacaron de la luz el tiempo oscuro

que acomodó el silencio; con las manos  
encendimos la estrella y como hermanos  
caminamos detrás de un hondo muro.

También me permite pensar, y visualizar el trabajo en equipo de los insectos que se preparan para recibir el invierno, algo que los humanos hacemos muy pocas veces.

Las calles por donde avanzaba la techumbre estaban llenas de hoyancos, no había un solo tramo bueno, ni siquiera revestidas o algo parecido, caminaban lentamente, de repente el techo se ladeaba y todos los mirones gritaban a los que cargaban, que iban sacando la lengua del cansancio.

- ¡He! los de adelante no corran, más despacio-,
- ¡Párense un ratito!- gritó entonces otro que ya se sentía desfallecer,
- Vamos a cambiar, si no esta chingadera se nos va a caer;
- ¡Órale pues!- contestó un segundo cargador.

Luego se cambiaban hombres frescos pues para esas horas había de sobra, el jolgorio seguía su ruta con gritos y toda una sinfonía de frases y especulaciones de si llegaría o no su destino, aquel pequeño techo que caminaba por las calles intentando llegar a donde serviría otra vez de cobijo.

Los cargadores apenas veían por donde caminaban, sabían que estaban cerca de su objetivo, pero no la distancia, ya están cerca les gritaban algunos. La gente que se había quedado en casa por donde iban pasando, salía de ellas para ver el traslado de aquella casita, bajo el techo solo se escuchaban jadeos de cansancio, risas, flatulencias y más, que acompañaban aquel tan peculiar desfile, hasta los perros participaban con ladridos juguetones y movimientos de cola, tenían claro que al final de aquel novedoso acontecimiento ellos estarían disfrutando de alguna sobrina que quedara de la comilona.

Y efectivamente, a unos cuantos metros estaban los seis horcones esperando el techo, vivas y aplausos se empezaban a escuchar al acercarse a la meta del objetivo.

Casi al final del recorrido se observaba un pequeño aumento en la velocidad de los cargadores semejante al esprín de los corredores de velocidad.

Plagada de obstáculos y pormenores, la techumbre llegó al fin a su destino y colocada en su nuevo sitio, agotados y sedientos las personas sabían que había valido mucho el esfuerzo.

Estos acontecimientos por insignificantes que fueran para algunos, mantenía un vínculo de fraternidad y de hermandad hasta cierto punto. En los pueblos donde la corresponsabilidad era primordial no existía tanta envidia ni egoísmo, hay por ahí un dicho que dice: el que es amigo te da hasta la camisa, y aún sucede en algunos lugares de Tabasco, si llegas a un pueblito por insignificante que sea y solicitas en la casa que tú quieras, te obsequien un vaso con agua para mitigar tu sed, obtendrás como respuesta un vaso de exquisito pozol o un agua de naranja, o limón, por eso cuando terminaba la odisea del traslado del techo de una casa a otra, los ánimos se volcaban, el éxito era de todos. La pachanga no podía faltar, las cervezas, el pozol, la alegría y la diversión eran parte del suceso, las casas de madera en su mayoría eran de yagua (corteza de palma). Algunas estaban bien diseñadas con corredores y recibidores,

claro está, quien tenía dinero para hacerlo, así en su mayoría eran de seis por diez metros con dos o tres divisiones, porque generalmente el baño estaba fuera de la casa, en el patio, como se llama comúnmente al espacio trasero de una construcción, eran espacios grandes donde se tendía la ropa al sol. Todas las viviendas en su mayoría contaban también con un pozo de agua artesiano hecho de ladrillos rojos pero con agua clara y cristalina, que se extraía con cubetas atadas a un cabo de unos tres o cuatro metros de largo según la profundidad del manto friático.

Tanto los niños como los adultos de cualquier casa, eran expertos en sacar agua del pozo, para ellos era muy simple echar la cubeta, ladearla de un lado a otro y sacarla llena, para quien nunca lo había hecho resultaba difícil al principio pero no imposible. Aquella agua era deliciosa, fría, no estaba contaminada aún, al menos no recuerdo que alguien se haya enfermado; se podía tomar directamente de la cubeta para saciar la sed de un centenar de gentes, lavar ropa... en fin, tenían agua suficiente. Pues eran verdaderos ojos de agua, a estos pozos más adelante se les adaptó también una bomba de jarra con un puyón en el fondo para sacar el líquido con más facilidad. Todo había salido bien en este cambio para don Justo, pronto aquella casita se cubriría con yaguas y tomaría la forma de su nuevo hogar.

Ya entrada la tarde, las gentes se retiraron de aquel lugar, unos tomados más que otros, pero contentos, conscientes de que cualquiera de ellos podía necesitar un favor semejante y entonces todos harían lo mismo por él.





## Capítulo 10

En los primeros días de marzo, al comienzo de la primavera, los calores de la temporada se empezaban a sentir. Cierta día iban a dar las ocho de la mañana y en mi casa mi madre se preparaba para hacer el desayuno, mi padre estaba revisando una máquina diésel tratando de echarla a andar, en eso llegó un señor, lo vi saludar a mi papá, se le notaba agotado, los zapatos oscuros con algo de lodo, delgado, de tez morena, de 1.60 de alto, afable, de ojos negros hundidos, y de unos 45 años. Mi padre invitó al recién llegado a pasar a la casa, nos saludó con una sonrisa.

–¿Ya desayunaste Pancho?–, le preguntó.

– No amigo, vine directo para acá, no sabía dónde vivías, ya tenía tiempo que no te veía pero preguntando ya ves, logré dar contigo...

–¿Y qué pasó, cómo te ha ido amigo, cómo está tu familia?, ya tiene rato que no voy por allá...

–bien Tincho, todos bien gracias a Dios

–te vine a ver porque te traigo un buen negocio...

–A ver lánzalo–, dijo mi padre.

–¿Todavía te dedicas a buscar tesoros?

–Pues... ya vez es mi pasatiempo, cuando se puede lógicamente; pero a ver dime, como está la cosa, –verás, no sé si te acuerdas, hace como tres años que te vi, y te comenté de una luz que salía por un árbol grande de mango que tengo atrás de la casa, está por un corralito donde ordeño unas vaquitas, pues bien, ahí precisamente he estado viendo salir una luz, así como azul verde, como una flama que se despega del suelo unos treinta centímetros, se ve como si caminara, y causa cierto temor porque no sabes qué pueda ser, y para colmo sale ya pasada la media noche, aunque no todos los días, sin embargo, yo la he visto como tres veces, cuando salgo al baño a esas horas hasta las ganas se me quitan luego, a las dos o tres gentes que les he platicado de esto me han dicho que tengo

que marcar el punto con algo, un palo con punta o un machete, en fin, el chiste es eso, marcarlo, porque si a mí se me aparece la luz, quiere decir que lo que hay ahí enterrado es para mí, pero en realidad es al único que se me ha aparecido y pues por eso te vine a ver, para sí es posible, llevaras tus aparatos; pues no sé si te dije pero, cerca del lugar hay una ceiba y ahora la luz recorre hasta el mango y esto me tiene desorientado, como ves...

–... sí esta cabrón, pero algo debe haber enterrado ahí–, dijo mi padre,

–en toda esta zona y hasta por donde tú vives, anduvo el general Segovia, fue en la época de la revolución, ya para 1924 lo agarraron.

–Según platica la gente, fue un hombre que manejo mucho dinero en oro y plata, incluso tenía terrenos aquí en Magallanes, este dinero dicen que lo agarraba para comprar armas y municiones para la revolución, pero cuando los federales lo empezaron a cazar y a seguir por estos lugares, no le quedó más remedio que enterrarlo.

Aunque al hacerlo, mataba a un cabrón, que lo sepultaba encima de la lana, que disque para que el alma del cristiano vigilara ese dinero, por eso es que te causa temor el ver la luz, pero en fin son historias que cuenta la gente de este general tabasqueño, que por cierto dicen que era de Comalcalco.

–Mira, vamos a ir a escarbar, a ver qué chingaos encontramos, si hay algo, a toda madre, si no, nos servirá de paseo, no perdemos nada, eso sí, hay que ir con gente de mucha confianza, y que no haya envidias ni egoísmos, de lo contrario se vuelve polvo, a causa de lo que te estoy diciendo.

Fernando Segovia Pérez era el nombre del general en mención, fue un revolucionario tabasqueño de mucha valía al igual que el general Carlos Greene, primer Gobernador Constitucionalista de Tabasco, Ignacio Gutiérrez, Domingo Borrego y Ramón Sosa Torre por mencionar algunos, quienes permanecen en el más completo olvido, desconociéndose así su aportación a la causa revolucionaria en el estado.

La toma de Frontera, Centla, y la Batalla del Pajonal, son atribuidas al general Segovia. Álvaro Obregón es quien ordena a Federico Aparicio Noverola perseguir y dar muerte a Segovia y a los hermanos Greene, cazar al primero no fue fácil dado el conocimiento que tenía el general

de la zona que andaba y el valor de que tenía fama, esto causaba temor a quienes lo perseguían. En su camino Federico Aparicio mató gente inocente por negarse a darle información de su perseguido, el desacuerdo con el gobierno de Obregón fue el motivo de esta cacería, después de cruenta lucha sin parque y mal herido, Segovia es aprendido por Noverola por las inmediaciones de la Laguna Machona, de ahí es llevado con una soga al cuello hasta Aldama, Comalcalco, a donde al llegar a un árbol de mango se reúsa a seguir caminando y pide a su verdugo que lo mate ahí mismo, lejos de colgarlo le quita la soga del cuello y lo fusila, a este lugar se le conoce como “El mango” o “El manguito de Segovia”.

Este personaje recorrió el estado de Tabasco por una causa como lo hizo Villa en el norte y Zapata en el sur, asesinado también por el mismo motivo.

En esta ocasión a mi padre lo fueron a invitar a desenterrar uno de los tantos tesoros que el citado general dejó enterrado en algún lugar por donde anduvo, que por supuesto solo eran especulaciones de la gente.

Mi padre dio un sorbo a la taza con café que mi madre puso en sus manos, y recalcó lo antes dicho, ¿estás de acuerdo con lo que hablamos?

-Claro que sí, Tincho estamos-

-Ahora dime; ¿cómo está el terreno para ver qué llevo?... picos, palas, o algo que nos sirva.

-Bueno, ahorita está todo seco, la tierra negra es dura y puro lodo, tú lo sabes.

-Por eso sería bueno ir ahora, porque empezando las lluvias ni te muevas, incluso escarbas un metro y encuentras agua y no vamos a hacer nada;

-Bueno, entonces déjame conseguir una lancha la gente que me va a acompañar, y sobre todo, a poner los aparatos al cien, sabes, para no quedarte mal, cuenta conmigo, y a propósito ¿Cómo está el río Naranjeño para llegar a tu casa?

-No hombre, ese es hondo y cuando crece nos llega a medio metro dentro de la casa, ahorita está bajo pero navegable, por la comida no te preocupes, aunque sea chombo les vamos a dar de comer-, el hombre se rió de buena manera por lo dicho.

-No creas amigo, es broma, pero si quieres te podemos conseguir alguna iguana, ahorita tienen huevo y están gordas.

-Estaría bien, pero ahí lo vemos, yo te digo.

-Bueno, entonces así quedamos, te espero.

-Sí, Pancho, yo te mando a avisar con alguien que vaya por el rumbo-. El visitante dio las gracias a mi madre por el desayuno expresando lo delicioso que le había parecido, se levantó de la mesa tomando su sombrero y un morral de yute que había dejado sobre una silla y salió tranquilo, todavía iba a hacer unas compras en el pueblo.

El resto del día mi padre se la pasó hablando del tema, después lo vi platicar con un amigo que tenía una lancha; en los próximos veinte días armó un equipo de cinco gentes incluyéndome.

A las siete de la mañana de un soleado viernes de mayo emprendimos el viaje hacia una aventura que nunca he olvidado, en la búsqueda de un tesoro solo existente en la imaginación de quienes los inventaban, ya que las probabilidades de existencia de este, estaba solo basada en leyendas de pueblo, las gentes hablaban de fortunas en oro y plata enterradas en vasijas o cántaros de barro.

Manuel, el dueño de la lancha, arrancó el motor, poco a poco fuimos abandonando el pueblo

-¿Cuántas horas son Manuel?, tú que conoces para allá.

-A como vamos... yo calculo que una hora y media, este motor es un 50 pero la lancha va cargada, ahí nos vamos despacio. Hora y media sentado en las tablas de una lancha era de pensarlo, mis parientes y yo no estábamos acostumbrados y ni modo de regresarnos, el chiste era salir a pasear. Mi padre fue comerciante, su infancia un poco adversa, la pasó con su padre en la capital del estado, éste se quedó con él cuando mi abuela decidió emigrar hacia Huimanguillo

Apenas aprendió a leer y a medio escribir, mi abuelo le pidió entonces a un sastre amigo, que le enseñara el oficio de la sastrería así, durante las mañanas, el chamaco se ganaba el pan con un cajón de bolero lustrando calzado en las calles del entonces San Juan Bautista; y por las tardes aprendía a ser sastre; es decir, que apenas le quedaba tiempo para jugar canicas, trompo o balero, a sus escasos diez años ya era responsable de buscarse por sí solo su propio alimento. El aprender la sastrería

le iba a resultar en el futuro su primer autoempleo porque a los doce años, la nostalgia por su madre ausente, lo obliga a buscarla, ya que esta se encontraba con su hermano en Huimanguillo. Miguel, tipo flaco, correoso, de tez morena y nariz grande, era familiar de mi padre y trabajaba con él al igual que su hermano Agustín, el mundo para ellos era pan comido, así que esa aventura era la oportunidad de su vidas. Manuel era un individuo de 1.75 de estatura, piel curtida por el sol, de oficio pescador, pero con mucha suerte pues había logrado encontrar trabajo en Pemex como obrero, y estaba de vacaciones, qué mejor momento para experimentar como gambusino, al fin no perdía nada y si encontraban algo pensaba pues ya sería ganancia; a mis 19 años, aún no había logrado terminar la preparatoria y me tocó trabajar en el negocio de la familia pues mis hermanos estudiaban en México, ahora me encontraba rumbo a algo desconocido para mí, pero al final, esto formaba parte de la aventura que mi vida había sido hasta esos momentos.

Iban a dar ya las ocho y media de la mañana, el sol empezaba a sentirse en el cuerpo, solo la gratificante brisa de la laguna nos pegaba en el rostro y en los brazos, parvadas de pelícanos nos pasaban volando muy cerca, la isla del Pajalar estaba próxima y hacia allá se dirigían estas aves, nosotros tomamos otro rumbo buscando la entrada del río Naranjeño que nos llevaría a nuestro destino

–¡He, miren!– dijo Miguel, –parece que aquella es la entrada.

–Si, corroboró Manuel, –ahí está el río, vamos a entrar. Y efectivamente a menos de 500 metros estaba la entrada teniendo como marco la exuberante vegetación verde esmeralda, de mangle blanco y rojo en su mayoría, los troncos y ramas enormes de estos árboles se utilizaban para la construcción de casas con techado de palma o lámina, hoy su tala está prohibida dada la comercialización inmoderada de que fue objeto. Disfrutamos de un paisaje relevante, hermoso, manglares cubiertos de garzas, gaviotas y pelícanos; nos mantenía atentos unos que otros monos saraguatos que percibían nuestra presencia y saltaban asustados de rama en rama alejándose de la orilla; los rayos del sol penetraban muy poco entre el techo de ramas que cubría el enorme túnel que formaba el río; el reflejo de los árboles en el agua no permitía ver la profundidad del afluente, nadie hablaba ni una sola palabra.

–¡Ya falta poco!–, dijo mi padre

–Qué bueno– comentó Agustín, –ya me duelen las nalgas de venir sentado.

–No aguantas nada, gordo– le dijo Manuel –ya vamos a llegar, admiren el paisaje que no es de todos los días.

–Tienes razón, yo nunca había venido por estos lugares, ni me imaginé que existieran, está hermosísimo, ¡qué bruto! A ver si no nos perdemos por acá;

–No hombre, ya casi llegamos–, intervino nuestro lanchero.

–Tenemos como dos horas de camino, ya ven que vengo despacio, que algunas partes no conozco, y no se nos vaya a joder el motor, que pegue la propela con algún árbol en el fondo, es más mira, haya esta Don ese esperándonos;...

Y efectivamente, aquel hombre a lo lejos levantaba el sombrero mostrándonos el final del trayecto.

El recibimiento fue muy agradable y cordial, hasta los perros ladraban y movían la cola como queriendo mostrar también su alegría de ver llegar nuevas caras al rancho; dimos gracias a Dios por haber llegado bien.

–¡Qué tal el viaje, hermano!

–Muy bien Pancho, sin novedad, fue muy agradable viajar de mañana, fresco sobre todo.

–La brisa de la laguna pega sabrosa en la cara, el agua salada es buena algunas veces– comentó mi padre –es bonito todo esto– dijo Miguel, pero cansa venir sentado cerca de dos horas en una tabla, y luego sientes las olas golpeándote la cola.

–No hombre, yo vengo molido, y hasta con ganas de ir al baño– dijo Agustín, y luego no estamos acostumbrados peor todavía.

–Bueno, permítanme, interrumpió el anfitrión, lo importante es que llegaron con buen tiempo, ya los esperábamos pasen a comer algo. Aquel recibimiento fue ameno y cálido; Pancho, su señora, su hijo mayor, la nuera y una parvada de cinco chiquitos entre cuatro y trece años, la casa a escasos 25 metros de la ribera del río era de yagua techo de palma y piso de tierra con tres divisiones, dos dormitorios y una estancia de cuatro por cinco que hacía las veces de sala comedor, al centro una mesa

de madera rústica con sillas de mangle no muy cómodas, por muebles tres hamacas colgaban de las vigas, afuera la señora cocinaba en un fogón hecho de ladrillos y arena, una exquisita gallina para el almuerzo; la cocina era una palapa descubierta por sus cuatro lados, arriba del fogón tiradas sobre hilos, había tasajos de carne seca y longaniza que se ahumaban para su conservación con el humo y calor de las brasas, esto a falta de refrigeración; la leña es el combustible principal de esta peculiar estufa tan rústica como antigua, los guisos por lo general, son hechos en cazuelas y ollas de barro, frijoles, arroz, pollo, cerdo y alguno que otro animal de monte que se atonta, terminan en este fogón pero salen cocinados con un sabor inigualable.

Aquí también se prepara el maíz para el nixtamal y la masa de las tortillas gruesas que se hacen a mano, y después se cosen sobre un comal de barro, y estas tortillas precisamente en esos momentos estaban dispuestas sobre la mesa. Huevos revueltos con tomate y cebolla, humeantes frijoles de la olla y plátanos fritos, era el desayuno que nos tenían preparado

–¡Qué bárbaro!– exclamó el gordo al ver aquel exquisito desayuno, –así sí me quedo un mes por acá.

–Coman, con confianza– nos dijo la señora –ahorita les sirvo café–, se dirigió de nuevo al fogón y trajo una cafetera llena que nos sirvió en un pocillo a cada uno

–y si quieren más no se preocupen, hay huevos de rancho suficientes, es lo que abunda por acá dijo don Pancho, con la plática del viaje y lo acontecido en el trayecto transcurrió el desayuno.

–Hay que empezar hoy a ver qué hacemos–, dijo entonces mi padre, –como ves Pancho ¿Hay algo nuevo?–

–No... pues.... Lo único es eso que te dije, la luz sigue saliendo al pie del mango, ese que ves ahí, y se mueve hacia la orilla donde empieza la lienza del corral, es azul y rojiza se levanta del suelo y se pierde.

–Por eso te digo que debe haber algo enterrado ahí, y hay que sacarlo.

–Pues a eso venimos Pancho, y no nos vamos a ir hasta ver qué chingaos hay bajo tierra, agarren su pala y lo que trajimos, saca el aparato Miguel, ponlo aquí sobre la mesa, voy a calibrarlo. Todos nos quedamos callados al ver aquella caja mágica que se usaría para sacar el tesoro, los



niños se asomaban debajo de los adultos, el instrumento estaba en dos cajas de cartón bien amarradas con hilo de henequén; una vara de aluminio de cuatro centímetros de grosor en forma de regla de un metro de largo con tornillos en los extremos, las cajas después de desempacarlas se sujetaron una en cada extremo, tenían forma de una caja de zapatos, un poco más grande, la del frente tenía una carátula con números del uno al diez, una sola manecilla, en forma de reloj, para probar la eficacia del aparato, mi padre traía en la bolsa del pantalón tres monedas de plata, un anillo y una cadena de oro.

Los puso en el suelo, y pasó sobre ellos el aparato a la altura de la cintura, inmediatamente, el instrumento emitió un ruido fuerte parecido al de un radio descompuesto, lo alejaba de los metales y poco a poco y el ruido iba disminuyendo, lo acercaba y de nueva cuenta el sonido aumentaba, y así sucesivamente la aguja se movía de cero a diez, esta era la señal que el aparato estaba trabajando perfectamente; todos los ahí presente quedaron asombrados con aquello, en su vida habían visto algo semejante, mi padre levantó sus monedas y anillos y nos dijo en tono de triunfo:

–¡Cómo ven! ¿Creen que se nos pueda escapar algo?

–No, cómo crees– dijo Agustín al que Manuel llamaba el gordo.

–Este pinche aparato detecta hasta piedras–

–Pero nosotros venimos a buscar plata, y plata vamos a llevar–. Acto seguido, aquel gambusino pidió se encomendaran a Dios en un acto de fe y esperanza, muy breve todos lo hicimos e inmediatamente nos dirigimos al lugar de los hechos, que estaba a escasos treinta metros de la casa habitación.

Precisamente a la sombra del frondoso mango, mi padre pidió a todos guardar silencio, un aire de misterio invadió entonces el ambiente, tomó por la barra el detector de metales y lo empezó a pasar por el lugar revisando palmo a palmo, solo se escuchaba el suave sonido del viento al rosar las ramas de los árboles, todos teníamos la mirada fija en el aparato, nerviosos queríamos ver las agujas moverse en alguna dirección.

A paso lento avanzábamos hacia abajo, el lugar estaba limpio, era fácil caminarlo, hacia la izquierda a unos diez metros se encontraba el corral,

por donde también aparecía la luz y estaba vacío en esos momentos ya que los animales pastaban en el potrero, por lo tanto no podíamos dejar un solo rincón sin ser revisado. El tiempo fue pasando y con él nuestro ánimo fue decayendo, pasadas la una de la tarde el desaliento empezó a vencernos, el instrumento no daba señales de nada, y se optó por calibrarlo de nuevo y turnarnos para pasarlo buscando una mejor suerte, pero todo fue en vano, al dar las cuatro de la tarde decidimos dejar la tarea para el siguiente día, las tripas tampoco estaban de acuerdo en el maltrato, solo un pozol blanco les habíamos dado después del desayuno.

Regresamos a casa un poco desmoralizados donde un riquísimo puchero de gallina nos esperaba ya en la mesa.

Nos sentamos a degustar de aquella comida, mi padre comentó sonriente:

–Así es esto, no siempre en la primera encuentras algo, bueno, de hecho nunca he encontrado nada, de otro modo fuera yo rico–

El comentario causó risas en los presentes rompiendo el hielo creado por aquellos momentos anteriores.

–Mañana nos va a ir bien, dijo el gordo.

–Vamos a peinar la zona y ajustar bien el aparato, pasa que como ya tenía tiempo que no lo usábamos lógico es que esté fallando.

–Lo mejor de esto es el suspenso–, comentó entonces Manuel, yo esperaba oír a qué hora empezaba a zumbar la fregadera esa, por poco se me sale el corazón de tanto nervio, terminó diciendo, mientras partía una gran tortilla gruesa con sus manos y le pasaba la mitad a Miguel, ¿qué, ya se acabaron?

–No, lo que pasa es que no me la voy a terminar y no quiero desperdiciar, está bien, pensé que ya no habían.

–No se han acabado, mira arriba del fogón a un lado, ese yagual que ves ahí, está lleno de tortillas gruesas, al rato nos las vamos a cenar calentadas al comal con manteca y sal, con una estás listo.

Así, entre la plática risas y cuentos variados, transcurrió el resto de la tarde, toda la plática giraba en torno al tesoro que estábamos buscando, el ánimo volvió a nuestros rostros; los niños salieron a jugar canicas al patio, al caer el sol correataron a los pocos becerros para meterlos al corralito, sabían hacer su trabajo y que tenían que dejarlos separados de las vacas, si no, no habría leche para el día siguiente.

A la entrada de la noche, doña Manuela, esposa de Pancho, preparó un rico café de olla para empezar la hora de la cena, esta se llevó a cabo entre las 6:30 y 7:30 de la noche, la señora puso también cuatro tortillas calientes con manteca y sal que fueron devoradas, en realidad la luz del sol era muy poca después de las seis de la tarde, ya que la vegetación era bastante densa, la charla fue amena y no sentimos el paso de las horas.

A la casita se le acondicionaron cinco hamacas, la noche era fresca, el río se encargaba de proporcionarnos el fresco necesario.

Ya pasadas las diez todo el mundo dormía, unos cansados por el viaje, otros por el trabajo cotidiano, la noche transcurría en completa calma; al lúgubre ululato de los búhos lo acompañaban el grillar de los grillos al frotar sus alas, las ranas aportaban también su croar incesante, haciendo una sintonía de ruidos en el silencio de la noche, el río adormecía en su constante acarreo de agua que llega a fundirse a la laguna, un quinqué de petróleo y su tenue luz danzante alumbraban la penumbra de aquella casita de palma.

La luna se rehusaba a salir de entre las nubes, no había espacio para ella, solo oscuridad y un silencio apacible, alguno que otro ronquido de un par de nalgas dormidas despertaron al perro, que ladró asustado. Cállate káiser, deja dormir, le dijo el dueño de la casa en voz baja, y todo siguió en calma.

Don Francisco, sin proponérselo, nos despertó antes del amanecer, él se levantaba muy temprano a ordeñar las vacas, las gallinas empezaron a rascar la tierra buscando lombrices, al dar las siete de la mañana aún estaba en penumbra.

Para todos, la noche transcurrió sin sobresaltos, sin embargo, yo estuve despierto parte de ella, se me hizo eterna no por la hamaca que me tocó, sino porque trataba de poner en orden mis ideas, recién había regresado de México donde estuve estudiando la preparatoria, pero desafortunadamente me dediqué a todo menos a estudiar, me propuse tratar de conseguir trabajo, algo que nunca logré pero tampoco me quitó de la cabeza que tenía que seguir estudiando para poder salir adelante, no había de otra, en el pueblo eran escasas o nulas las oportunidades y cada día las cosas se ponían peor. Dormiría unas cuatro horas, el canto del gallo también me despertó, casi dormido me senté en la hamaca, vi

a Agustín que también se puso en pie y me dijo: –¡levántate flojo!... ¿no vas a ir al baño? –al rato– le dije, y pregunté:

–¿Dónde tienen papel higiénico?...

–Ahí arriba, en el tapanco, y señaló unos sacos de yute abiertos, llenos de olote de todos tamaños, y salió riendo; me levanté de la hamaca ya como a las siete y media que había aclarado un poco, y empecé a preguntar dónde estaba el baño para ir hacer del dos.

–Aquí hay que ir al monte–, me dijo Miguel y como no hay papel ahí están los olotes aprende a usarlos. Hasta ahí me percaté lo que mi pariente me había dicho, como por arte de magia se me quitaron las ganas de ir al baño.

El aroma de unos exquisitos frijoles de carita refritos con manteca, me recordaron que ya iba siendo hora del desayuno, pero un buen baño era lo primero, a un lado de la casa a unos diez metros había una pequeña construcción hecha de yaguas de dos metros por dos y 1.80 de altura “ese, ese” precisamente era el baño, el piso, solo tierra firme con unas piedras planas.

La puerta la conformaba un cobertor largo y raído por el uso, agarré la cubeta y me dirigí al río, a la orilla había un pequeño puente que casi pegaba al agua, en tiempo de creciente esta lo cubre por completo, solo me agaché y llené la cubeta de líquido fresco, la metí al baño y con una jícara procedí a bañarme, algunos lo hicieron directamente en el puentecito por no esperar su turno. Después del desayuno los hijos de don Pancho salieron al campo al trabajo diario, él se quedó para ayudar en la busca del tesoro, tampoco quería perderse aquel evento.

Con picos y palas nos dispusimos de nuevo a revisar el terreno, se ajustó el aparato y empezamos la búsqueda con el mismo entusiasmo del día anterior; el silencio se hizo absoluto, misterio y suspenso rodeaban el lugar, mi padre caminaba con su aparato en zigzag buscando, lo levantaba, lo pegaba al suelo, lo pasaba una y otra vez por el mismo lugar sin ningún resultado, pasaron dos o tres horas, era casi medio día y todo seguía igual, de pronto... lo que todos esperábamos, la aguja del aparato se empezó a mover y dejó escuchar un muy agudo y leve viiiiiiiiiiiip... Los corazones empezaron a latir aceleradamente, aquello no era apto para cardiacos, todos conteníamos el aliento, mi padre nos miró a todos y esbozó una leve sonrisa.

–Como ven... ¿lo escucharon verdad?, aquí hay algo... vamos a probar de nuevo. Regresó al lugar a pasar el aparato, de nuevo: viiiiiiiiiip, dio unos pasos más y viiiiiipp... el sonido se hizo más fuerte, la aguja se movía bastante a la derecha, mi padre dijo.

–¡Aquí es, no hay duda! A ver Miguel, con la coa haz un hoyo profundo, para checar si sigue sonando; este tomó la herramienta y se puso cavar con mucho entusiasmo.

Apenas había escarbado unos 50 centímetros y empezaron a aparecer pedazos de tiesto, que obviamente dadas las circunstancias del evento, fueron considerados por los presentes como partes de las vasijas llenas de dinero que ahí estaban enterradas, para entonces todos querían cavar. A ver dijo Agustín.

–Vamos a sacarla arena con esta pala para ahondarlo más. Se hicieron cuatro hoyos de unos 60 centímetros de profundidad por unos 40 de diámetro, en todos se encontraron tiestos de vasijas de barro, pero de plata... nada.

Entonces se empezó a pasar el aparato por los huecos para ver que resultaba, pues su precisión daba mucho que desear, todo era ya incierto y rayaba en la duda, ya que al pasarlo por los hoyos empezó a sonar detectando los tiestos, esto quería decir que los tiestos activaban el detector, y también lo comprobamos porque todo el terreno estaba lleno de ellos, pareciera que ahí hubiese existido un taller de alfarería. Los fragmentos de barro fueron sujetos a una exhaustiva revisión después de lavarlos, olerlos, nada más faltó llevarlos a un microscopio, no eran más que tiestostiestos revueltos con tierra negra de la que se fabricaron y que alguna vez fueron vasijas, búcaros o cántaros, pero no había uno solo, ni siquiera uno entero o a la mitad, el desaliento nos invadió entonces; la risa escapó de nuestros labios refugiándose en la nada para no ser molestada, el sentido del humor también abandonó su espacio, la mordaza de la frustración se apoderó del buen momento, la realidad tomó su lugar. En poco más de treinta horas nuestro mundo había girado sin darnos cuenta, en torno de la búsqueda de algo inexistente, pero que nosotros habíamos dado forma dadas las circunstancias que rodeaban a nuestro objetivo.

El sueño acariciado de encontrar el tesoro de Segovia, fenecía ante nuestros ojos, no es posible pensábamos cada uno, sentados por todos lados del patio, cabizbajos, con palas, coas y picos en las manos.

–¿Será que estos tiestos tienen algún mineral? Preguntó Manuel, tratando de encontrar una respuesta convincente.

–¡Quién sabe!– dijo mi padre un poco triste, pero ya lo están viendo, no hay más que barro....

–¡Qué hacemos! Don Pancho estaba muy decepcionado.

Entonces se decidió probar con unas agujas magnéticas, que mi padre traía, estas tenían el grosor de un clavo de tres pulgadas y quince centímetros de largo, amplias en un extremo con forma de mariposa y una ranura, al final estas no ofrecían ninguna garantía y se desechó la idea de utilizarlas, la tarde estaba cediendo ante la inminente llegada de la noche, que nos hacía poco visible el terreno, daban casi las seis, el día se había ido en excavar e ir de un lado a otro con el aparato, que lo único que detectaba no se parecía en nada a lo que nosotros fuimos a buscar.

–¡Ni modo Pancho! Creo que no era para nosotros, ya lo viste se hizo todo lo posible, no tiene caso ya que sigamos buscando.

–Sí, es cierto, yo estoy de acuerdo con Tincho–, contestó Manuel.

–Mejor vamos a descansar, y mañana nos regresamos.

A todos nos pareció lo correcto pues no tenía ningún caso seguir en lo mismo.

–Mire don Agustín, voy a estar pendiente a ver si vuelve a aparecer la luz, yo le avisaría, quien quita para la próxima tengamos más suerte.

–Bueno,... tú lo ves Pancho.

–Sí, es lo mejor, vamos a tomar un cafecito, vengan.

Cuando entramos en la casa, la señora de don Pancho ya tenía listo un rico café así como tortillas gruesas que les abrió la panza y les puso manteca y sal.

Fue una cena muy sencilla, pero con el hambre que traíamos nos pareció todo un banquete, además en los rescoldos que quedaron en el fogón, pusimos unos plátanos bien maduros que nos ofreció la señora, los cuales se asaron poco, pero les pusimos nata que sacaba de la leche que a diario hervía y con esto rematamos la cena.

Al día siguiente nos levantamos muy temprano y con mucho ánimo, recogimos nuestros tiliches cada quien, había que emprender el viaje de regreso antes que apretara el sol.

–Bueno Pancho, te agradecemos mucho tu hospitalidad, mientras suben las cosas a la lancha, te voy a encargar que estés pendiente de todo esto, a ver si vuelves a ver la luz

–No hay que darse por vencido, algo tenemos que encontrar...

–Claro que sí, Tincho, no te preocupes.

–Bueno, nos vemos hasta entonces, adiós.

–Hasta luego señora y gracias por todo,

–Que les vaya bien señor, hasta luego, que tengan buen viaje. Subimos a la lancha, Manuel arrancó el motor con todos a bordo y partimos de regreso, la lancha elevó un poco la proa al sentir el empuje de la máquina.

Todos levantamos los brazos en un adiós de despedida, poco a poco nos fuimos alejando de aquella humilde familia que con gran cariño compartieron su pan con nosotros durante tres largos días, aunque regresamos con las manos vacías, el tesoro de Segovia sigue siendo un misterio, ya es algo que pasó a la historia.

En casa ya estaban preocupados al no tener noticias de nosotros, en el trayecto nos agarró una surada a media laguna que aunque sus vientos eran de unos cuarenta kilómetros por hora, nos hizo ver nuestra suerte, este tipo de vientos del sur se presentan de forma esporádica; y mayormente en la época de estío, con ellos la laguna se torna muy peligrosa levantando olas que pueden hacer zozobrar embarcaciones pequeñas, por algo se llama La Machona, sus aguas han cobrado la vida de muchas personas. Sobre todo en temporada de lluvias, estas comenzaban a finales de julio, con ellas las inundaciones invadían algunas partes del pueblo, llovía a cántaros hasta quince días, un arroyo evidenciaba su existencia inundando con sus aguas la parte oeste.

## Capítulo 11

Por el este la Laguna del Carmen hacía lo suyo, inundando la otra parte del pueblo sus habitantes muy pocos tenían un radio transmisor, los que sí, compartían las noticias de cualquier índole con quienes podían, pero sobre todo las del pronóstico del tiempo.

Noticias donde a diario se denotaba el estado del tiempo, que era de vital importancia para la población pescadora en su mayoría, una línea frontal o norte que se estuviera formando es una alerta que se emite para estar preparados, hacer caso omiso de esto, es correr un riesgo innecesario y de mayor peligro para la navegación en el mar, o en las inmensas lagunas donde los pobladores ejercen su trabajo diario.

Quienes no tenían radio o aun en casos que lo tuvieran recurrían al meteorólogo del pueblo; el anciano en cuestión, que era mi abuelo, poseía una visión casi profética del sistema meteorológico en la zona, era un tipo delgado 70 años más o menos de 1.65 de estatura, piel morena clara, encorvado, de paso lento, sus brazos largos y manos grandes y callosas caían a sus lados, apenas las movía al caminar, rostro cadavérico, sus ojos hundidos en sus cuencas, pero poseía un enorme corazón, nunca hizo mal a nadie sino todo lo contrario: todos en el pueblo lo conocían porque simplemente don Nicho era el que construía las casas de madera del lugar. La que construyó para él y la familia por ejemplo, la había construido de yagua, y el techo era de láminas de cartón como todas las del pueblo, eso sí, tenía tres cuartos con sus puertas hechas también del mismo material, su sala y su cocina. La casa tenía dimensiones aproximadas de 10 metros de frente por 15 de largo en un terreno de 30 x 50 donde posteriormente, cuando mi madre se casó, le construyó su casa unos metros a un lado, separado por una cochera, que no se utilizaba para tal cosa, pues no tenían vehículo.



Al salir por la puerta trasera de la casa donde estaba la cocina, a mano izquierda, había un pozo artesanal el cual proveía de agua a las dos familias, a un lado de este se encontraba un baño únicamente para bañarse, con piso de concreto y unas tres cubetas con sus jícaras que siempre Estaban llenas de agua, con el entendido de que quien las usara tenía que dejar las cubetas llenas otra vez para que siempre estuvieran frescas dejándolas en reposo.

A un lado del baño había un enorme árbol de ciruelo, que se llenaba de frutos en los meses de abril y mayo, palmas de coco, árboles de marañón y nance.

A unos metros de la cocina, bajo otro árbol de ciruelo, se encontraba la bodega de mi abuelo y a un costado de ella, su banco de trabajo.

El enorme patio o terreno tenía también al fondo la letrina para las dos casas, había un gran árbol de aguacates cuyos frutos tenían un sabor delicioso, el patio colindaba con el templo evangélico, mi abuela también era amante de las plantas; tenía un jardín repleto de tulipanes rojos y blancos, gladiolas, bandera de varios colores y un hermoso galán de noche, que entrada la tarde, despedía sus enigmáticos aromas perfumando todo a su alrededor, por tal razón no faltaban las flores en el comedor.

De niño, ese patio era el lugar donde jugábamos la mayor parte del día, se mantenía limpio ya que a diario se rastrillaba la hojarasca de los árboles, había una parte en la que el terreno estaba completamente cubierto de pasto verde muy vivo. A un lado de la letrina lo habían agarrado para depositar toda la basura que se generaba, ya que no existía nada parecido a un camión recolector, en general todas las casas del pueblo estaban en esa misma situación, lo cual hasta ese entonces no generaba contaminación, ya que incluso, la basura se quemaba todos los días en la tarde.

Mis abuelos, mi madre y su hermana llegaron al pueblo en 1946 en un barco mercante, invitados por un comerciante del lugar que viajaba seguido a Puerto México, hoy Coatzacoalcos.

Esta embarcación llegaba cada diez días al muelle a llevar mercancía al pueblo, antes de atracar ya había personas aguardando, ya fuera para viajar o recoger los encargos de otro tipo como era calzado o ropa que le hacían a los tripulantes. Todos conocían al capitán, siempre les decía

cuando recargados en la borda anotaban su pedido: –no se olviden clavar el dinero con el papel ya que el viento se lo puede llevar. Con eso les hacía ver que sin dinero no había nada.

Don Toño conoció a mi abuelo en el astillero donde laboraba, sabía que era un excelente trabajador que lo mismo construía un barco que una casa, trabajaba muy bien la madera.

En uno de sus viajes platicando con él le dijo: Nicho... porque no te vas a trabajar al pueblo, allá no hay buenas construcciones, yo necesito construir mi casa, en un espacio grande y acorde a mi gusto, en el pueblo los terrenos son baratos, puedes comprar uno y hacerte tu casa a tu entero gusto, –tú lo sabes hacer; y te conozco tiene rato en este astillero, y veo que eres un buen trabajador ¡Si eres capaz de construir un barco! Eres capaz de todo–.

–Lo sé Toño, se de qué soy capaz, nada más que tengo que pensarlo, aunque no mucho, porque en realidad ya estoy cansado de trabajar para otro, y no veo resultados. Es más, hoy mismo lo platico con mi mujer, y lo más seguro es que te tome la palabra.

Sus palabras fueron proféticas, a los veinte días, mi abuelo establecía su residencia en aquel pueblo que al llegar, lo vio como el lugar donde terminaría sus días.

Adquirir un terreno era lo más sencillo, se dirigió a la comandancia municipal y pidió al encargado los pormenores para la compra del mismo, el trámite en realidad no llevó mucho tiempo, parecía que lo esperaban.

–A ver señor, dígame cómo puedo ayudarlo.

–Mire señor agente municipal, un amigo de este pueblo me invito a venir y conocer el lugar no sé dónde vive pero más adelante le digo de quien se trata, el pueblo es chico y lo debe usted de conocer, lo que si me gustaría ver es como le hago para conseguir un terrenito, el me comentó que aquí todo era muy barato, y por esa razón estoy frente a usted. Yo soy una persona trabajadora, tengo mi mujer y dos niñas que pienso traerlas conmigo en cuanto consiga donde establecerme.

–De acuerdo, esto es muy sencillo–, comento el agente municipal

–¡Dígame en que trabaja usted!

–Soy carpintero en un astillero en Puerto México, donde rento una casa.

El problema es que a veces escasea mucho el trabajo, reparo embarcaciones de madera, este consiste en pintar, calafatear, cambiar mamparos... en fin, el trabajo es variado pero no es seguro, mi intención es establecerme en algún lado, y la realidad este pueblito me gusta, también sé hacer casas de madera, muebles, guitarras, y me he dado cuenta en el poquito tiempo que llegué, que aquí hay buenas oportunidades de trabajo.

–Me parece “muy bien”... ¿Cómo se llama usted, señor?

–Dionisio Gómez para servirle.

–Gracias, vamos, acompáñeme... le voy a mostrar un terreno a ver si le gusta, ya dependerá de usted-. Los dos dirigieron sus pasos a donde se suponía que estaría el terreno que se le adjudicaría a mi abuelo, caminaron unos 400 metros entre las calles polvorientas del pueblo, este observaba con detenimiento que las casas del lugar eran de madera y muy mal construidas, la yagua era predominante, y los techos de lámina de cartón, todas las casas tenían un gran solar cercado con una planta llamada pital, que sembrados en fila delimitaban los terrenos, estos pitales son plantas muy raras, sus hojas no son otra cosa que espadas con muchas espinas en su entorno que forman grandes surcos, los cuales producen un fruto de sabor ácido llamado piñuela, estos cercos naturales no permitían que se pudiera meter nada por entre ellos, pero eso sí, eran madrigueras de zorros y tlacuaches que abundaban por la zona, las vallas de pitales tenían una altura de un metro aproximadamente, en algunos casos en las partes traseras de los solares alcanzaban hasta metro y medio de altura. Entre plática y plática, llegaron al lugar.

–¿Qué le parece este terreno don Nicho!, preguntó el agente municipal,

–¿cuántos metros quiere usted más o menos!,

–pues... verá,... Creo que con veinte metros de frente por unos cuarenta de largo me servirán.

–Muy bien, de acuerdo, vamos midiéndolo entonces.

Lo vamos a marcar con unas estacas, para que sepa usted bien donde está ubicado

–¿Y el pago?, dónde debo hacerlo, dígame usted.

–Por eso no se preocupe, vamos a regresar a hacer el papeleo, y el pago lo va usted a hacer en la tesorería de aquí mismo, qué le parece.

–Muy bien, me parece muy bien. Acto seguido retornaron sobre sus pasos, hasta esos momentos mi abuelo no daba crédito a lo que estaba ocurriendo, había adquirido un terreno enorme de la forma más sencilla, y ni siquiera sabía cuánto le iba a costar. Cuando llegaron de nuevo a la comandancia de la policía, el agente municipal le pidió a la secretaria de la tesorería le hiciera un recibo por 150 pesos que era el costo del terreno en cuestión, mi abuelo no salía de su asombro; en un momento y sin pensarlo mucho, sacó el dinero, 150 pesos era en realidad un precio muy bajo comparado con lo que costaba donde él vivía, traía 200 pesos en la bolsa y con gusto pagó el costo y todavía le quedaron unos pesos.

Contento y feliz regresó a donde vivía a platicarle a mi abuela sus planes, esta vio con agrado lo hecho por mi abuelo y así, con un dinero que tenía ahorrado, regresó a construir una gran casa de madera, muy bien diseñada con cuartos, sala y un comedor en la parte de la cocina, ese techo fue su hogar hasta su muerte.

Ya estando establecido llegó a verlo don Toño y le dijo:

–Qué bueno que ya estás aquí Nicho, ahora sí quiero que construyas mi casa, pero sabes, tengo un gran problema, en épocas de lluvia mi terreno se va casi medio metro de agua, cómo le vas hacer ahí,

–No hay problema, no te preocupes, te voy a construir una casa a la antigüita, sobre palafitos, aquí hay mucha madera de caoba, cedro y tinto, en fin te va a quedar bien, vas a ver, vamos a usar madera dura para los sancos.

Y efectivamente, don Toño solo le dio la idea de cómo la quería, mi abuelo se encargó del diseño, pactaron un precio y a los pocos días empezó la construcción, después de marcar las dimensiones de la casa enterró horcones de cinco pulgadas de espesor separados metro y medio uno de otro, y sobre ellos clavó lo que sería el piso, todo de madera de caoba

Sobre el piso levantó los parales, el esqueleto de la casa, que medía diez por dieciocho metros, al frente tenía un gran corredor de dos y medio de ancho por diez de largo, una puerta de dos hojas daba acceso a la sala, a lado izquierdo un cuarto de cuatro por cinco era la oficina de don Toño, al fondo un cuartito de tres por dos que servía para guardar la loza, los trastes y manteles. De lado derecho estaba la recamara de don Toño y su mujer, con acceso por la sala, al fondo del cuarto estaba

un vestidor de tres por cinco y una puerta que daba al baño donde había una letrina, y una gran tina que siempre estaba llena de agua. A un costado del baño un pequeño gallinero, y al frente de este, un corredor que daba a la cocina. Pasando por la sala dividida por un mamparo de madera.

Cruzando la puerta de la sala estaba la cocina y el comedor ambos con una dimensión de cinco por seis y atrás de la cocina un pequeño espacio de dos metros por cinco de largo que hacía las veces de carbonera, la puerta de la cocina daba a un corredor que conducía a un patio, al bajar los escalones del corredor estaba un fogón donde se cocinaba todo lo de la casa, toda construida de madera de caoba.

Sus parales eran de macuilí, el techo de lámina de cartón sostenido por fajillas con 30 centímetros de separación.

Tenía un falso plafón en toda la casa hecho de duelas de cedro muy bien barnizada, a excepción de la cocina. La enorme vivienda en su conjunto era una muy bella construcción bien diseñada, la construyó en tan solo dos meses con ayuda de otra persona; cuando vino la temporada de lluvia, ya estaba habitada y muy bien amueblada; la prueba de fuego llegó.



Todo quedó inundado en tan solo una semana de un temporal que duró quince días, en las partes más bajas, el agua alcanzaba hasta un metro de profundidad, algunas casas tenían tapanco, donde la gente se refugiaba y donde guardaban también provisiones para soportar las fuertes lluvias que se prolongaban, ya que el agua tardaba en salir, pues no existía drenaje de ninguna índole. Por esa razón se hacían casas sobre palafitos en las partes bajas del pueblo.

Todos los días muy temprano el abuelo se metía a su taller de carpintería, su herramienta la conformaban un serrucho, un martillo de uña, un marro pequeño, -escalopa tres cepillos, un berbiquí, prensas mecánicas, pero sobre todo la herramienta principal, su ingenio. Fabricaba toda clase de muebles, camas, roperos, vitrinas, sillas, comedores, hasta cayucos.

Es decir, si alguien le pedía un cayuco y le proporcionaba un árbol el abuelo se encargaba de tumbarlo, hacerle los cortes necesarios, escarbarlo y labrarlo, hasta convertirlo en una hermosa embarcación muy bien diseñada, para que, al botarlo al agua, no se hundiera o se balanceara mucho, luego entonces requería ciertos conocimientos sobre el tema.

Un trabajo que también hacía, era fabricar guitarras.

Estas las hacía por pedidos, fabricaba una cada semana, en realidad el trabajo era muy meticuloso, por ejemplo: tomaba una tabla de 40 centímetros de ancho por 80 de largo y una pulgada de espesor o grosor, la afianzaba al banco de trabajo, con el serrucho y con la mayor paciencia, partía la tabla en láminas de medio centímetro, acto seguido, las adelgazaba con el cepillo, hasta dejar una pieza de madera delgada de escasos dos o tres milímetros, después dibujaba sobre ellas la forma del instrumento, y cortaba el entorno. Posteriormente, tomaba una madera de cedro de unos 90 centímetros de largo por doce de grueso, lo sujetaba a su banco con la prensa y procedía a cortarlo en láminas también de medio centímetro de grosor: esto es lo que serían los costados de la guitarra, la rebajaba a igual con su cepillo hasta adelgazarlas hasta tres milímetros, el brazo de la guitarra lo tallaba de una sola pieza de cedro. La forma curva o cintura que tienen las guitarras, la obtenía calentando con la estufa de la cocina un tubo de fierro que por su grosor no alcanzaba a ponerse al rojo vivo, pero si lo suficientemente caliente para poner las tiras largas que al presionar sobre el tubo caliente les



iba dando la forma deseada del instrumento, una vez teniendo todas las piezas procedía a preparar su propio pegamento de cola, que era una mezcla de maicena y agua.

Con esto y trocitos de madera triangulares, iba pegándolos en todo el contorno de la forma, las dejaba al sol por unas horas y cuando ya estaban secas, empezaba a armar la guitarra lijaba muy bien y con mucho esmero, después de esto le daba el acabado con un barniz natural, para que el cedro no perdiera su color, por último colocaba la maquinaria del brazo y luego las cuerdas, afinar el instrumento era lo último de aquel trabajo: terminada, el abuelo la ponía con sus brazos al frente la miraba detalladamente y sonreía para sus adentros con gran satisfacción.

Le daba un toque de acorde al instrumento que lo hacía vibrar de emoción, la guitarra estaba terminada con todos sus detalles, y un magnífico acabado; lista para alegrar cualquier ambiente, en manos de quien supiera sacarle sus sonidos escondidos.

Él era el único fabricante de guitarras de toda esa zona, también arreglaba las que algunos clientes le llevaban, aunque no fueran fabricadas por él.

Terminada su faena diaria, ya en la tarde, sacaba una silla y una mecedora a la banqueta al frente de la casa, donde miraba jugar a los niños y saludar a todo el que pasaba, era una costumbre generalizada en todo el pueblo, entre la plática y el café se iba la tarde, ya cuando el sol se perdía en el horizonte y sus rayos dejaban de alumbrar aquel pueblito, todo mundo se guardaba, pero antes de que esto ocurriera el abuelo había observado el comportamiento del tiempo, los niños se acercaban con mucha educación al abuelo con su atiplada vocecita

–¡Buenas tardes don Nicho!

–Buenas tardes hijo, qué se te ofrece.

–Es que dice mi papá, si va a hacer mal tiempo mañana, porque va al turno del ostión

–“ah” espérame, ahorita te digo. El meteorólogo alzaba la vista al cielo, observaba con detenimiento la dirección del viento, las nubes, su comportamiento, el aire que esos momentos predominaba en el ambiente, miraba al norte y ubicaba la trayectoria del viento en las próximas horas. En menos de tres minutos tenía un panorama amplio del tiempo, le decía entonces al pequeño:

–dile que vaya tranquilo, no va a llover, es martes; probablemente llueva hasta el jueves, gracias don Nicho... el niño salía corriendo, no había pasado media hora

Y otro niño llegaba un poco extenuado por correr

–¡don Nicho, don Nicho!... dice mi papa que, si como estará el tiempo para mañana, porque va a secar camarón, aprovechando el sol que está habiendo. El anciano escudriñaba ya muy poco el firmamento, pues tenía media hora que lo había hecho detenidamente y su respuesta no variaba

Dile que no hay problema, va haber buen sol hasta el jueves, ya estamos en temporada de lluvias, solo hay que tener cuidado.



–Aprovechando que pasé por aquí, ¿cómo ve usted el tiempo para mañana?

–Bien Tilo, hay pocas nubes, si te das cuenta el cielo está despejado, las que hay el viento se las está llevando al este, pero estos días va hacer buen tiempo, estáte tranquilo.

–Sí don Nicho, por eso mejor le pregunto, es que tengo un puerquito que quiero capar y como no tengo chiquero, no le vaya a llover y me le caiga tétano.

–No, no le pasa nada, pero de preferencia cástralo en menguante, se desangra menos y hay poco riesgo que se muera.

–Sí don Nicho, está bien, le agradezco su consejo, nos vemos.

Invariablemente todas las tardes transcurrían de esa forma, la gente le tenía una confianza increíble, confianza que se había ganado por su certeza y agudo conocimiento que tenía del comportamiento de la naturaleza. Nunca herraba en sus predicciones, algo digno de encomio.

Así pasaba la tarde, hasta entrar la noche un desfile de niños y personas adultas que llegaban exclusivamente a preguntar sobre el estado del tiempo, esto sucedía desde que empezaban las temporadas de lluvias en julio, o mediados de septiembre que daban inicio los nortes que se prolongaban hasta diciembre.

## Capítulo 12

Fue precisamente un día de octubre de 1970, soleado sin nubes que presagiaran tormenta, el sistema meteorológico nacional había dado mal tiempo para toda la zona y avisaba por el radio: vientos fuertes del norte de 60 a 70 kilómetros por hora que afectaría a los puertos de Veracruz, Alvarado y Coatzacoalcos, incluyendo las costas de Tabasco. Algunos pescadores salían a pescar a la laguna pero regresaban muy pronto, dado que ya habían aviso de mal tiempo y no se podía andar jugando, pero en esa ocasión un pequeño barco había partido vía la pesca dos días antes con sol y buen tiempo. La embarcación con casco de madera tenía poco más de nueve metros de eslora, cinco de manga y autonomía de una semana. Otro barquito semejante también estaba en alta mar, sus capacidades de almacenamiento de producto refrigerado era de 15 toneladas, cuatro tripulantes por barco, ocho en total, incluido el capitán, los dos tenían dos días pescando, cuando ese día por la mañana escucharon el tiempo. Las embarcaciones estaban equipadas con ecosondas y radares así como aparatos de navegación, dos camarotes para la tripulación con dos literas cada uno, y un camarote para el patrón o capitán, una escalera para bajar hacia la popa, donde se encontraba el cuarto de máquinas, un pequeño motor Perkin de seis cilindros impulsaba a la nave a través de una hélice de cuatro aspas de doce pulgadas de largo cada una, la cubierta acondicionada con cobralíneas manuales, debajo de la misma bajando también por una pequeña escalera, estaban las cámaras de enfriamiento a base de hielo.

En cubierta amarrada a la vida, estaba el ancla atada con un gran cabo de unas 70 brazadas de largo por pulgada y media de grosor. Eran huachinangueros casco de madera muy bien equipados y sus tripulantes algunos con experiencia, pero uno de los capitanes era un poco terco, no muy experimentado en tripular un barco.

El 15 de octubre a las cinco de la mañana, los huachinangueros y su tripulación anclaron frente a Paraíso, esperaban solo que aclarara un poco para seguir pescando; a las seis en punto levaron anclas y partieron al pesquero, a poco más de 60 brasas de profundidad, después marcaron el rumbo que iban a tomar en su carta de navegación, durante el trayecto iban preparando la carnada y los anzuelos para no perder el tiempo al llegar al lugar. El “Cherna I” lo capitaneaba el negro Chano y tres tripulantes, uno maquinista y dos palangreros o pescadores.

Iban navegando muy tranquilos, media hora atrás el “Cherna II” capitaneado por el Chelo, Rito el maquinista y dos palangreros - Chicho y Omar.

¡Cómo vamos capitán!, ¿en qué tiempo llegamos al pesquero?

–Vamos al más cerca Chicho, estamos a hora y media.

–Está bien, acuérdesse del mal tiempo, entrando la noche tenemos el norte encima,...

–No pasa nada, el cielo está limpio, ni nubes hay.

–Lo que sí va haber es buena pesca.

–De todos modos hay que regresar temprano capi–, intervino Omar,

–Antier antes de salir, mandé a mi hijo a preguntarle a Don Nicho por el tiempo, y coincidió con los del meteorológico, dijo que va a pegar un buen norte, y ese viejito no se equivoca, usted lo sabe - hay que estar preparados

–Sí capitán– afirmó Chicho, el otro palangrero –el mar es muy traicionero y estamos en plena temporada de mal tiempo.

–Está bien, está bien, ya dejen de estar de miedosos, andamos arriba de un barco, no de una lancha. Ya casi amanecía, en cubierta, los tripulantes observaban el apacible mar cristalino, los rayos del astro rey formaban centellas deslumbrantes al chocar sobre las olas, una parvada de gaviotas buscaban alimento en la superficie.

A estribor cinco toninas nadaban haciendo carreras con el barco, sus cuerpos hermosos azulosos, cruzaban las aguas atrás iba quedando una gran cauda de blanca espuma que producía el paso de la nave el cielo estaba limpio, solo una gran parvada de rabihorcados surcaban el firmamento. Había pasado más de una hora.

¡Qué pasó capitán, cómo vamos! Preguntó un marinero impaciente.

–Tranquilos, ya vamos llegando; respondió el hombre en el timón, luego, observó su carta de navegación donde marcó el rumbo y el pesquero, su mano derecha sostenía el acelerador del barco que iba disminuyendo su marcha poco a poco, ahora movido solo por el suave vaivén de las olas, salió de la cabina y ordenó al maquinista y a los palangreros

–¡Tiren el ancla! estamos en el lugar.

El artefacto cayó buscando en el fondo algo a que adherirse, cruzó las profundidades produciendo en su caída una gran cantidad de burbujas que parecían globos de colores al ser tocados por el sol en su salida a la superficie, en su caída asustaba a todo lo que estuviera a su paso, su descenso no era más rápido que el reflejo de los peces que la veían pasar buscando el lecho del mar, estos trataban de protegerse al ver el paso de un intruso que no era alguien parecido a ellos.

El capitán abandonó el timón y se unió a la tripulación, para empezar a pescar:

–Aquí hay buena pesca comentó.

–Trataremos de capturar unos cuantos kilos y nos iremos aunque no creo que llegue el mal tiempo, está muy bien el clima para que esto pase.

–Sí capitán, está bien ahorita, pero anunciaron vientos fuertes del norte y hay que estar alertas, creo que lo mejor es irnos lo más pronto posible, no sería bueno arriesgarse.

Al poco rato de empezar a pescar, habían acumulado unos 100 kilos de huachinango, en cubierta procedieron a abrirles el vientre y extraer las vísceras que tiraban al mar, las gaviotas acudieron al festín sin ser invitadas, sus graznidos se perdían en el monótono arrullo del mar, iban y venían peleando el alimento con los peces que también hacían lo mismo. El olor de la sangre atrajo alguno que otro tiburón blanco que hizo sentir su presencia, asomando su enorme aleta dorsal, su bello y hermoso cuerpo no podía pasar inadvertido, y causar asombro con sus tres y medio metros de largo, se sumergió bajo el barco y apareció a unos quince metros a estribor

–¡Mira!, dijo el Chelo, no te vayas a caer porque no la cuentas,

–Es enorme, ojalá hubiésemos traído un arpón no se me hubiese ido vivo.

–Pues cuídate de no caer porque tampoco te le vas vivo–, dijo el capitán.

Pasado el mediodía los del Cherna 1 decidieron zarpar, habían salido detrás del Cherna 2, este permanecía cerca y lo alcanzaban a ver aunque muy lejos, no podían quejarse, con más de una tonelada de huachinango estaban felices, sabían lo que redituaba económicamente, el patrón tomó el radio para avisarles de su partida a sus compañeros.

-¡Capitán, capitán! Cherna 2, ¿me copias? ¡Cherna, Cherna! ¿Me copias?

El capitán del otro barco corrió a contestar el radio.

-Sí, adelante Cherna 1, te copio.

-Te aviso capitán, ya nos vamos, no quiero arriesgarme.

-El mar está muy tranquilo y no me gusta, además sabes bien que dieron viento fuerte del norte.

-Llevamos buena pesca, nos fue muy bien. Cambio.

-A nosotros también capitán, nada más echamos unos anzuelos más y por ahí les alcanzamos, cambio.

-Sale mi capi, nada más no te arriesgues.

-Nos vemos en Frontera - cambio y fuera.

El Chelo colgó el radio en su lugar, y salió a cubierta.

-El Cherna 1 ya se va, les avisó a sus colegas.

-Pues vámonos también nosotros ¿no?

-Claro que sí, nada más subimos unos cuantos kilos más de huachinango.

-Cómo crees, vámonos mejor dijo el Chicho, esto se va a poner feo.

-No pasa nada dijo el capitán, sigan pescando, -antes del anochecer estamos en Frontera, la costa está cerca.

La buena pesca mantenía entretenidos a aquellos pescadores que no sentían el paso del tiempo, la terquedad y obstinación de aquel capitán tendría funestos resultados, cuando iban a dar las cuatro de la tarde, de aquel fatídico 10 de octubre una pesada sombra gris cubrió el firmamento, el viento que había soplado del noroeste, estaba cambiando bruscamente al norte, y eso era de pensarse. Los tripulantes de aquel pequeño barco, ya habían terminado de pescar y estaban recogiendo sus líneas de pesca, empezaron a ver el cambio anormal en el tiempo.

-Te lo dije- dijo Chicho a su compañero, ¡nos va a cargar la chingada!

-No hombre, estamos cerca de la costa, vamos a llegar a tiempo.

-Dios te oiga, pero en hora y media, si no llegamos a ninguna parte con este norte que ya tenemos encima, entonces no nos salvará nadie.

-Vamos ¡arranca desgraciado!, -se oyó la voz iracunda del capitán, que al accionar el encendido del barco, éste no obedecía, un frío helado recorrió su cuerpo, y se quedó como petrificado, volvió a accionar la llave, y el motor solo alcanzó a dar marcha pero no arrancó, el cielo se había tornado grisáceo y el mar tomó una aparente calma sepulcral, sus olas empezaron a ser más grandes y amenazadoras, el viento helado del norte con rachas de sesenta kilómetros por hora les indicaba que estaban en problemas, en un tercer intento, el motor al fin dio marcha, con la tripulación en sus camarotes y su maquinista a lado, el capitán con el timón en sus manos emprendió el viaje de regreso. Su objetivo: llegar al puerto, su objetivo del mar, no dejarlos llegar, había pasado por alto algo muy elemental; escuchar el tiempo, tomar en cuenta a sus compañeros que estuvieron diciéndole que debían partir cuando aún era prudente, ahora ya era muy tarde, golpeando la cabeza contra el timón en un acto de desaprobación, dijo.

-¡No es posible! Tengo que llegar a puerto, a si tenga que reventar el motor. Acto seguido con su mano derecha empujó la palanca del acelerador de la nave, que entre las ya enormes olas emprendió su marcha buscando la costa

Un agudo y pertinaz aguacero se cernía sobre el barco, el viento antes apacible y cálido, se convertía fuerte y helado, sus ráfagas iban en aumento paulatinamente hasta convertir las olas en verdaderas murallas de agua, la pequeña nave era para esos momentos un frágil juguete del mar encabritado.

-Encomiéndense a Dios, dijo entonces el capitán, porque vamos a necesitar un verdadero milagro para sobrevivir.

-Sus manos se agarraron con desesperación al timón tratando de enderezar la proa rumbo al sur, miraba la aguja de la brújula que no marcaba un rumbo fijo.

Con el temporal en popa, el barco entraba y salía de las olas que alcanzaban gigantescas dimensiones, los marineros alzaban la voz implorando a Dios su misericordia, el agua salada estaba en todos lados y arrastraba todo lo que encontraba a su paso hacia las profundidades, no quedaba nada en cubierta, el ruido del motor no se alcanzaba a oír por el sonido ensordecedor que producía el golpe de las olas en el casco

del barco, de un mar embravecido que reclamaba la vida de quienes se habían atrevido a desafiarlo.

Había pasado tan solo media hora, pero para estas pobres almas parecía que hubiese transcurrido un día entero, nadie opinaba ni decía nada, solo imploraban al todopoderoso que los salvara, el crujido característico de la madera al quebrarse, hizo que la sangre se les helara en sus venas, un enorme boquete se abrió a estribor, abajo de la línea de flotación inundando las neveras. Rito entró a como pudo al cuarto de máquinas, las bombas de achique no eran capaces de sacar tanta agua, el barco se elevó entonces impulsado por una ola fantasmal alcanzando su cresta, y en su caída se partió en dos haciendo un espantoso ruido, ... toneladas de agua salada le cayeron encima, llevándose poco apoco al fondo del lecho marino, solo tres de los pescadores salieron a la superficie, Chicho buscaba desesperado de qué agarrarse; los pedazos de madera flotaban por todos lados, aturdido como estaba logró subirse a uno de ellos, evitando ahogarse, desesperado buscaba por todos lados a sus compañeros pero no lograba ver a ninguno, las olas no se lo permitían, sin embargo el maquinista no tuvo la misma suerte, al partirse el barco, estaba en el cuarto de máquinas tratando de evitar que el motor se para, quedando atrapado en él, pues no alcanzo a salir, al tratar de hacerlo, toneladas de agua penetraron por todos lados ahogando al infeliz adentro, parte de la cubierta se hizo pedazos y salieron a la superficie, el color turbio del agua hacia apenas perceptibles los restos de la embarcación, el capitán salió a flote a unos 100 metros donde zozobró la nave, atontado como estaba logró asirse a una boya y empezó a gritar a sus compañeros, no lograba verlos ni ellos oírlo, el ruido del aire y las olas era ensordecedor, todo el pescado que llevaban en las neveras empezó a salir a flote y a dispersarse entre las embravecidas aguas del golfo, todo resultaba confusión para estos hombres que empezaban a pagar cara su necesidad.

Ahora tenían también que pelear contra el mar para salvar sus vidas, el capitán, de sus compañeros no sabía nada, solo rezaba y pensaba en la posibilidad de que las olas lo sacaran a tierra, aunque fuera muerto, en un vago pensamiento recordó a los demás y pidió a Dios que estuvieran vivos; en eso estaba cuando de pronto a lo lejos entre las olas, le pareció distinguir a un compañero agarrado a una gran tabla, el capitán nadó

desesperado hacia él, su lucha parecía en vano cuando se perdía entre la turbulencia de las aguas, al poco rato lo volvió a ver e intentó seguir su ruta dejándose llevar pues no podía hacer más, su intento no fue en vano.

Una gran ola lo puso entonces muy cerca, soltó la boya e intentó nadar para coger la tabla a la que estaba agarrado Omar, pero al no lograrlo otra ola lo sumergió y casi desapareció, sacando fuerzas de flaqueza Omar lo tomó por los pelos antes que se hundiera, el capitán manoteó y logró agarrarse de la tabla, había tragado mucha agua y empezó a vomitar. –Tranquilízate Chelo ya estas a salvo, cálmate, contrólate, vamos a salir de esto, ¡estamos vivos!, le dijo casi llorando, vamos a dejarnos llevar por la corriente a ver si Dios quiere las olas nos boten a tierra.

–¡Qué paso con los otros! –

–No sé, no sé–, contestó el hombre jadeando por el cansancio., –la última vez que los vi, estábamos en el barco, Dios quiera que estén vivos.

A lo lejos alcanzaron a ver a otro de ellos, pero se perdió entre las olas, desesperados gritaban manoteando, tratando que los viera pero todo inútil, Chicho en su tabla empezó a llorar y a pedir ayuda al todo poderoso recordaba a su familia que ya no podría ver nunca más.

Sus hijos, sus padres, su esposa que tal vez en esos momentos estuviera llorando pensando en él, en tierra los habitantes estaban preocupados por los pescadores, ya se habían enterados que el Cherna 2 no había llegado a puerto y que estaba perdido en el mar.

La noche cayó y no se pudo hacer nada para ayudar a aquellas gentes, sus familiares acudieron a la comandancia de policía a ver si había alguna noticia de ellos, la población estaba consternada, el norte pegaba muy fuerte y se temía lo peor, la noche transcurrió haciéndose eterna para aquellas familias; en el mar, Chicho permanecía agarrado a aquel madero que lo mantenía a flote y con vida en la inmensa oscuridad no tenía otro recurso que esperar el desenlace final, recordó el tremendo tiburón blanco que viera en la mañana y su miedo fue mayor, tal vez sus compañeros fueron devorados por el escualo y solo faltaba él pensó, la oscuridad y el frío en aquella escalofriante soledad, no le permitían pensar más que en salvarse, solo, en el mar, este hombre enfrentaba la prueba más grande de su vida, no debía dormirse y debía mantener despejada la mente, el frío calaba sus huesos, estaba casi desnudo. La ropa



interior era lo único que conservaba, el cansancio lo agotaba, sus labios pálidos se empezaron a inflamar por la sal.

Empezaba a amanecer sin cambio alguno, dejó de llover un rato, pero solo para darle animo al náufrago, que ya no sentía el cuerpo de lo entumido que estaba a causa del frío y el constante golpe de las olas, sus manos heridas y arrugadas por la evidente deshidratación, se aferraban a la tabla como el águila a su presa, sabiendo que si la dejaba ir no tendría más esperanzas de vivir, en tierra un gran número de voluntarios buscaban la forma de ir en ayuda de los náufragos, pero era imposible, tenían que esperar que pasara el mal tiempo, el viento del norte aún soplabla a más de 70 km por hora. El piloto de un helicóptero de la compañía que trabajaba para llevar gente a las plataformas se ofreció a buscarlos en cuanto el tiempo mejorara. La lluvia volvió a caer despiadada el tercer día, no había esperanzas de que estuvieran con vida, las gentes en el pueblo iban y venían sin saber qué hacer, los familiares salían a la playa buscando indicios; nada...solo desolación, por la tarde el viento empezó a ceder brindando al siguiente día la oportunidad de buscar a los náufragos.

Muy de mañana, una decena de lanchas fibra de vidrio con motores fuera de borda salieron al mar en busca de algún sobreviviente, éste aún estaba picado, los vientos habían disminuidos a 40 kilómetros por hora, el agua aún turbia y revuelta no permitía ver medio centímetro bajo la superficie, partieron en diferentes direcciones sin alejarse más de 20 kilómetros de la costa; después de una hora de búsqueda, uno de ellos alcanzó a ver restos de madera, sabía que se trataba del navío imaginándose lo peor ; media hora antes, en la costa del ejido el Alacrán, un hombre era arrojado a la orilla, aferrado a un pedazo de madera, las olas lo rodaron hasta quedar en tierra, respiraba con dificultad pero sabía que estaba a salvo, ahí quedó durante dos horas, apenas logró ponerse en pie y ganar la playa, se encontraba bastante deshidratado, la única ropa interior que le quedaba le colgaba queriéndosele caer, solo era un girón de tela, ahora sollozaba de alegría al estar de nuevo en tierra ya no tenía lágrimas, su rostro expresaba gestos de emoción y dolor, se llevó las manos a la cara y levantó los brazos al cielo agradeciendo al creador por dejarlo vivir, después cayó de bruces y así quedó durante un buen tiempo.

Cuando volvió a despertar trató entonces de levantarse, tambaleante se puso de pie, miro a su alrededor y solo vio el mar detrás de él, hacia delante estaba un pequeño cerro lleno de vegetación, palmeras de coco que agitadas por el viento parecían derribarse, apenas había caminado unos cuatro metros y volvió a caer; así quedó tirado un rato respirando con dificultad y con gran esfuerzo; a quince metros se encontraba el tronco seco de un gran árbol que el mar había llevado hasta allí, repantando a intervalos trato de alcanzarlo, sus pies descalzos y heridos se hundían en la arena, pero avanzaba con el firme propósito de llegar a su objetivo y tratar de descansar en él, antes de cruzar el pequeño cerro.

Cuando al fin lo logró se quedó dormido por espacio de media hora, su agotamiento era menos, recibió entonces una descarga de adrenalina motivado por el hecho de volver a ver a sus seres queridos, abrazar a sus hijos, a sus padres y a su esposa. Con manos y pies a gatas, subió y bajo el cerro casi rodando, entonces se dio cuenta que a unos 30 metros más estaba la carretera de terracería, logró ver unas cuantas casas y a como pudo se dirigió a una de ellas, eran cerca de las seis de la mañana, estaba amaneciendo, con sus entumidas y adoloridas manos, apenas pudo tocar la puerta, el dueño de la casa después de unos minutos abrió y se encontró al hombre casi desnudo a punto de caer, jadeando balbució unas palabras apenas perceptibles, el barco, el barco, se nos hundió... – mis compañeros se ahogaron–, repetía, –se ahogaron–, rompió en llanto al tiempo que se desplomaba, el de la casa alcanzó a sostenerlo, pidió ayuda a otros vecinos que al ver lo que ocurría acudieron en su ayuda.

–¡Debe ser uno de los que se perdieron en el mar hace tres días!, comentó uno de ellos.

–¡Hay que llevarlo al puerto! se ve que está muy mal no se vaya a morir.

Trataron de reanimarlo dándole agua y un café caliente, mientras tanto, otros empezaron a buscar quien les prestara una camioneta para trasladarlo.

Uno de ellos tenía un vehículo donde transportaba pescados y mariscos, y cuando supo la gravedad del naufrago decidió ayudar;

–Deben de ponerle algo encima y ahorita lo llevamos–, dijo.

–De acuerdo, hay que apurarse. A los pocos minutos el moribundo reaccionó un poco, y un tropel de preguntas sin respuestas lo atropellaron solo alcanzo a decir ¡por favor, llévenme a casa, se los suplico!

Quiero ver a mi familia, consiguieron una colchoneta que pusieron en la batea del vehículo, y así acostaron al Chicho, con el acompañándolo salieron cuatro personas más y tomaron el camino al puerto que está a 50 minutos, ya que tenían que cruzar en lancha un canal de más de 300 metros de ancho por no haber puente, y en la panga que trasladaba vehículos; solo cruzaba dos veces al día a las 8:30 y a las 4:00, y apenas eran las 7:30, cuando llegaron donde arrimaba la panga, esta estaba del otro lado, no había manera ni tiempo de avisarle, por eso le pidieron a un lancharo del lugar, que los cruzara.

Acto seguido lo subieron a la lancha y cruzaron el canal, cuyas aguas ya un poco más tranquilas les permitió salvar el obstáculo sin contratiempo, llegando al puerto, un grupo de curiosos reconocieron al pescador del naufragio, y la noticia corrió como reguero de pólvora hasta llegar a oídos de sus familiares, mientras tanto, los que buscaban en el mar algún sobreviviente, estaban cansados y agobiados sin resultado alguno, al dar las de la tarde, abandonaron la búsqueda y regresaron al puerto desmoralizados; todos mojados y muertos de hambre, imaginando como estarían sus compañeros si es que estaban vivos, en esos momentos en las costas de Paraíso unos pescadores que salieron a la playa para ver sus redes que estaban protegidas del mal tiempo bajo una ramada, observaron en la orilla dos bultos que parecían personas, conforme se iban acercando se dieron cuenta que efectivamente, eran dos individuos desnudos corrieron hacia ellos que se encontraban de costado, los voltearon y trataron de buscar en ellos algún signo vital, con emoción se dieron cuenta que aún respiraban

–¡ve por ayuda, corre!... le dijo uno al otro.

Mientras el hombre fue por ayuda, el que se quedó trató de revivirlos, los zarandó, les habló hizo cuánto pudo pero no, no logró nada, a los quince minutos el amigo regresó con diez personas más y cargándolos, los llevaron a una clínica rural cercana; ahí les fueron aplicados los primeros auxilios, sueros y demás.

–Están bastante mal– comentó el médico pero van a estar bien, lo bueno es que los sacó el mar vivos.

–Estos deben de ser los que se perdieron en la barra, tienen tres días desaparecidos creo que con hoy son cuatro.

–Hay que esperar que recobren el conocimiento, mientras tanto habrá que avisarles a las autoridades de la barra, que acá recalaron dos personas, hay que darles su media filiación, yo lo voy hacer en un rato más.

A las 8 en punto de ese mismo día, el Chicho y sus salvadores llegaron al centro de salud del pueblo, los familiares y amigos lloraban y reían de alegría al verlo llegar, sabían que había vuelto a nacer: ¡dónde, cómo lo encontraron! Preguntaban todos ansiosos por saber, recaló en la playa por la casa, contesto uno, necesita un médico dice otro, pasen le dijo en eso el doctor que ya los esperaba, pónganlo por acá, enseñándoles un cuarto acondicionado con una botella de suero del lado izquierdo de la cama.

De inmediato el galeno pidió a una enfermera lo ayudara en la limpieza del náufrago, para empezar a su curación; el cuerpo del individuo estaba lleno de arena, sus ojos inflamados, apenas podía abrirlos, la tonalidad de su piel era de un pálido intenso.

Al depositarlo en aquella mullida cama esbozó una leve sonrisa, y se quedó profundamente dormido, solo hubo tres sobrevivientes, el único desaparecido era el maquinista, con los favores médicos, sueros y demás, los otros dos infelices pasaron la noche sin contratiempos.

Al día siguiente, muy temprano, el doctor se trasladó a la capitania de Paraíso para pedir al encargado de la oficina informara a su homólogo en la barra de la aparición de dos personas que el mar había arrojado en la playa en esas costas. Proporcionándoles las características de los individuos, el de la oficina estaba tratando de comunicarse a la barra, pero no había receptor. Del ayuntamiento nos van a poyar con una ambulancia para llevar a estas personas, aunque no creo que haya necesidad, comento el doctor

–Apropósito, no le he preguntado ¿cómo amanecieron?,

–Bien capitán, están recuperándose poco a poco.

–En realidad estas gentes deben dar gracias a Dios que estén vivos, eso sí, tienen una gran fortaleza y unas ganas inmensas de vivir.- ahora que regrese voy a platicar un poco con ellos, los deje dormidos aún, –ya les pusimos un litro de suero a cada uno, reaccionaron muy bien.

–De acuerdo doctor, a ver qué pasa, voy a seguir tratando de comunicarme.

-El vip, vip de la radio interrumpió la conversación de aquellas dos personas.  
-Paraíso, Paraíso me copias, cambio.  
-Paraíso, Paraíso me copias cambio.  
-Aquí Paraíso, adelante cambio.  
-Estoy corroborando una llamada de ustedes, cambio  
-Así es capitán, estuvimos hablando.  
-Hay una persona aquí buscando información, y me reportan que Paraíso estaba tratando de comunicarse con nosotros.

-Así es capitán, le aviso pues que tenemos en el centro de salud, dos náufragos que el mar arrojó ayer a la playa, en estos momentos están fuera de peligro. Le doy las características capitán, el primero: claro de color, bigote normal, pelo lacio y negro, ojos un tanto hundidos claros, pómulos pronunciados, 1.65 de estatura, nariz aguileña y 40 años más o menos.

El otro es moreno claro de unos 30 años, pelo lacio también, ojos negros, sin bigote, nariz recta de unos 70 kilos, tal vez sean los que se perdieron en un barco hace 4 días, cambio.

-Así es, así es. Por la señas que me das son ellos, es más son los cuatro que no llegaron a Frontera ni a ningún puerto de hecho encontraron a uno en la mañana de ayer, solo faltan tres, pero tú me dices que solo tienen a dos; eso quiere decir que falta uno, entonces hay uno que no aparece y se trata de Rito por lo que me acabas de decir.

-Sí capitán así es, solo son dos, en una hora más los mandamos para haya, comunícales a sus familiares.

-Correcto, está bien, así quedamos. El capitán de puerto de la barra, dirigiéndose a los que lo acompañaban en esos momentos en la oficina, les dijo ¡ya oyeron verdad!, hay dos más que están vivos.

Creo que uno es el capitán y el otro que parece ser Omar, falta Rito, si capitán y ya lo buscaron un día y medio y no hay rastros de nadie.

Bueno, pues vamos a ver qué pasa, lo bueno es que ya aparecieron tres.

En Paraíso a los náufragos después de todo un cuestionamiento se les proporcionó un vehículo para trasladarlos a la barra, al cabo de una hora y media llegaron al pueblo y fueron recibidos por sus familias y amigos, entre llantos y alegría el Chicho ya recuperado acudió también a recibirlos, ignoraba por completo si todos se habían salvado.

–¿Qué pasó Capitán, y Rito?–, –no se Chicho, pensamos que no habían logrado salvarse– con lágrimas en los ojos, los tres se abrazaron y lloraron de emoción.

–Nunca pensé volverlos a ver, lo último que recuerdo, dijo el Chicho, fue que vi a Omar cuando se lo tragó una ola, después lo perdí, no puedo creer que estemos vivos.

Los familiares de Rito también preguntaban desesperados por el maquinista, pero nadie daba razones de él, las gentes del lugar empezaron a sacar conclusiones y a buscar culpables, culparon al capitán, porque conocían lo necio y testarudo que era, después se sabría que el Chelo había hecho caso omiso al sistema meteorológico nacional, provocando con esto el lamentable suceso.

En la mente de los habitantes de aquel lugar, se gravaría para siempre esos días fatídicos en que perdiera la vida Rito el maquinista, su cuerpo jamás fue encontrado, el mar nunca lo devolvió, lo tomó tal vez como pago a la osadía de haberlo retado, cada uno de los sobrevivientes contaría después a su manera, la forma en que estuvo a punto de perder la vida. Un par de años después, en diciembre, llegaron mis hermanos de vacaciones al pueblo, para pasar la navidad con la familia, una tarde salí a la playa con uno de ellos para buscar caracoles, trataba de encontrar unos llamados conos son realmente bonitos con puntos naranja, o alguna concha fuera de lo común, aunque es muy raro encontrarlas, en la playa entre los arbustos de lirio acuático, un bulto largo enterrado en la arena llamó mi atención, me acerqué para desenterrarlo; era un pedazo amorfo de madera pintada de azul, corroída y vieja, tenía gravado un nombre poco visible y con letras grandes: Cherna 2.

FIN



DEPARTAMENTO  
**editorial**cultural

Lic. Guillermo Narváez Osorio  
*Rector*

Dra. Dora María Frías Márquez  
*Secretaria de Servicios Académicos*

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel  
*Director de Difusión Cultural*

Mtro. Fredys Pérez Ruiz  
*Jefe del Departamento Editorial Cultural*

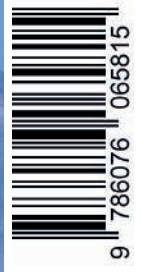


Esta obra se terminó de editar en 30 de noviembre de 2021, en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



# UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



C O L E C C I Ó N

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

*Narrativa y Estudios Literarios*